FRAY MOCHO





Notas femeninas



A pasos de gigante llegamos a la estación de los fríos y con ella vuelven las encantadoras pieles, que hacen las delicias de toda mujer coqueta y friolenta. Este año, amigas lectoras, las pieles están por las nubes y cuestan un disparate. Su escasez es universal y por lo tanto vamos a tener que conformarnos la mayoría de nosotras, con las lindas imitaciones que los peleteros nos están preparando.

La moda del día es para el pekan, que no tiene más defecto que ser carísimo. Completa divinamente el traje de gabardine o de jersey, que se lleva debajo de un elegante ''manteau''. No es todavía el traje obligado del invierno, y sin embargo viene a ser algo más confortable, de más abrigo, justo lo que se precisa para abandonar los ligeros y vaporosos trajes del verano, para adoptar y llevar los pesados abrigos que están esperando su hora, que suena con los primeros fríos.

El pekan se lleva anudado y como al descuido, alrededor del cuello, pero sin el manchón; así lo quiere la moda, pues se ha abstenido de imponérnoslo. Quizás más adelante hará su aparición el manchón, pero por el momento nuestras manos quedan libres, siempre enguantadas de pieles lavables y llevando en ellas uno de los muchos modelos de bolsa que a diario vienen creándose.

Nunca como este año se verán pieles de todas clases y hechuras adornando toilettes de calle, de soirée, tailleurs, abrigos y sombreros, y creo que en vista de esta misma abundancia viene nuestra gran indiferencia para las preciosas y caras pieles de zibelinas y de las frágiles pieles de armiño. ¿Y qué nos importa el precio módico de una de las muchas pieles que están de moda este año, siempre y cuando constituya un adorno elegante para uno de nuestros trajes? Nada absolutamente, nada a mi parecer, pues tenemos que ser hijas de nuestro siglo y combinar lo lindo con lo modesto y no despreciarlo para preferir lo caro y lo raro. Esto es para las que gastan el dinero a manos llenas sin reflexionar ni analizar la tremenda crisis universal que el mundo entero viene padeciendo. Seamos positivos y demos la preferencia al conejo plateado, al caracul, al kolinski, etc., etc. Como las he visto de muy cerca, las aseguro, queridas lectoras, que estas pieles son preciosas y deliciosas. Con ellas se hacen manchones de grandor mediano, en forma de ''tonneau''.

La diferencia con los modelos de hace tres años, que tan voluminosos eran, es notable y se les puede quitar una banda de un ancho suficiente, como para hacer con ella un cuello de moda.

Los cuellos este año son voluminosos, colosalmente grandes y quizás pecan por exagerados. Algunos de ellos bajan hasta el talle, adoptando la forma de un capuchón o de una pelerina, y como son tan flexibles, se drapean alrededor del cuello tal como si fuera una bufanda.

Estos modelos son la última palabra de la moda y por esta misma razón están muy buscados, pero se necesita tal cantidad de piel, que en general se opta por hacerlos empleando el mismo género de que sea el abrigo o traje. A la orilla se coloca una ancha tira de piel que sólo se ve cuando el cuello es drapeado.

Alrededor de los abrigos, o en largas bandas a los costados, sobre las caderas y en forma de bolsillos, se emplean también las pieles, no importa cuál sea su clase.

La nota principal de la moda para los abrigos o trajes, es que el talle está en su lugar. Todavía se ven algunos talles cortos o muy largos, bajando hasta la rodilla, a estilo ''bayadére'', pero son los menos.

Los talles algo largos, tienen un encanto que nos seduce, primero por ser más nuevos que los anteriores y después por su bella estética. Es así que vemos unos deliciosos efectos de echarpes anudados, de unos cinturones de seda apretando ligeramente el talle, moños semi-grandes colocados atrás o bien a un costado.



El conjunto es ''chic'' y de una nota ''flonc'' que nos encanta.

Las túnicas colocadas de costado, más cortas que la falda, son también muy de moda, resultando graciosas y muy elegantes. Esta última, la falda, es más angosta que la túnica y nos hace recordar las antiguas faldas ''travées'' de antaño, pero que no son tan exageradas.

Si queréis, mis amables lectoras, vamos por hoy a examinar el lindo conjunto, a la par que práctico, de trajes para entrecasa, y así tendréis tiempo para iros preparando para la cercana estación de invierno, que dicen será muy fría este año.

El primer modelo es un traje de interior, en terciopelo ''cotelé'' color violeta, con cuello, ''empiecement'' y el bajo de mangas en satin marfilino, bordado con lana color kaki. Cinturón del mismo terciopelo, apretando algo su amplitud y anudado a un costado.



De más modesto aspecto, pero muy confortable, es el segundo modelo de sobretodo para estarse en las primeras horas del día. Es del estilo monje, muy amplio y suelto, con un cuello capuchón atrás y chal delante que termina al talle. Se hace en seda terciopelo de color obscuro, o en blanco: cinturón anudado adelante. En crêpe de lana o viyella en color azul pastel, gris plateado o malva, resulta precioso. El modelo que sigue es de más vestir, siendo a propósito para toilette de interior. Nuestro modelo aquí representado es de paño, en color ''bleu nattier'', montado en gruesos pliegues redondos que bajan hasta el ruedo de la falda, y con adorno de grandes botones de fantasía. El número IV está hecho con nubienne blanca, con bordados en lana, en los tonos azul y viejo y pespuntes del mismo color. Los botones que veis son en galalithe blanca.

El quinto, es también en nubienne, color gris tórtola, con pespuntes hechos de seda color violeta de Parma: es deliciosa esta combinación del gris y violeta de Parma.

Nuestro último modelo, es en terciopelo inglés color amatista, con bordados rebordados en tonos gris y rojo. Una cordeliere gruesa en seda y con largas bellotas de seda, en los mismos tonos que el bordado, sirve de cinturón, el que se anuda adelante sirviendo al mismo tiempo para retener al talle la amplitud del ''peignoir''. Todos estos modelos no son forrados y llevan tan sólo medio cuerpo interior, que puede ser hecho con una franela, lo que os preservará del frío, pues si os fijáis un poco, veréis que todos estos modelos son más o menos escotados.

A. DE DAUMONT.

FRAY MOCHO

Año VII — Buenos Aires, 11 de abril de 1918 — Núm. 311

Dr. Adolfo E. Dávila

Una vida meritoria. — A través de su obra periodística.

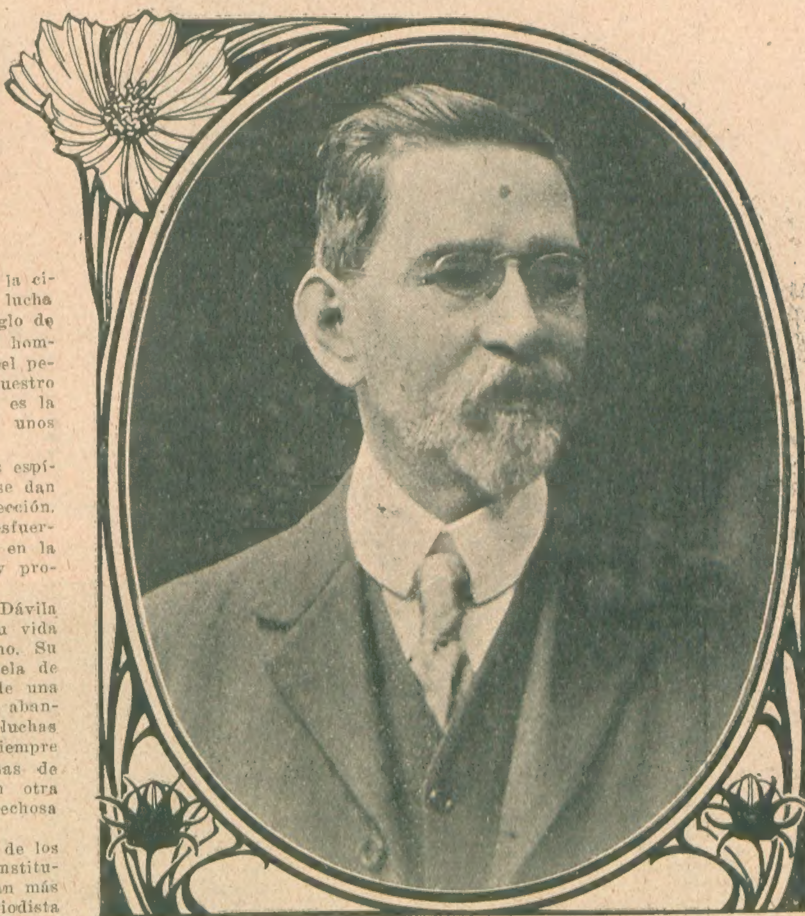
Un soldado de la noble causa de la civilización ha caído en medio de la lucha cruenta de todos los días. Medio siglo de brega intensa, desde la tribuna del hombre público y la mesa de trabajo del periodista, en pro de la elevación de nuestro medio, de la cultura argentina, tal es la vida del hombre que hace apenas unos días ha desaparecido.

Fué el doctor Dávila uno de esos espíritus generosos y espontáneos que se dan todo entero a la causa de su predilección. A ella dedicó todos sus mejores esfuerzos y todas las energías ardientes en la edad juvenil, reposadas, medidas y profundas en la madurez.

Así como la historia del doctor Dávila es la historia de "La Prensa", su vida es la vida del periodismo argentino. Su incorporación a esta moderna escuela de lucha coincidió con la iniciación de una nueva era para nuestro periodismo; abandonadas por estériles las mezquinas luchas partidistas, individualismos casi siempre sordamente inspirados, las columnas de las publicaciones diarias tuvieron otra aplicación más moderna y más provechosa para el país.

La inmigración, el afianzamiento de los gobiernos, la consolidación de las instituciones hicieron que las vistas fueran más largas, y entonces la misión del periodista fué otra. En ese instante psicológico se incorporó al periodismo el doctor Dávila y su pluma ágil y activa no se dió descanso en la tarea de ayudar a que fueran desterrados de la vida argentina los tristes resabios de la época gaucha que aun quedaban fluctuando en nuestro ambiente. Era preciso defender con la pluma el robustecimiento orgánico de la república, el saneamiento de las conciencias y de las cosas, el conocimiento exacto del país en el extranjero y mejorarlo económica y moralmente y allí estuvo el doctor Dávila en el puesto de honor y de responsabilidad. Ante los mañosos manejos, las acciones torcidas, se levantó siempre el bloque imbatible de esa conciencia austera dispuesta y atenta a condenar con altura cuanto fuera atentatorio a la salud de la república.

Y en medio del horizonte más gris, cuando la tormenta pareció inminente, la palabra escrita o hablada del doctor Dávila lució con el brillo inmaculado de la honradez y rectitud que la inspiraba, como estrella de paz y de cordura que descendía a los hombres extraviados en sus pasiones enardecidas.



A. E. Dávila

Nació el doctor Adolfo E. Dávila en la provincia de La Rioja el año 1849, siendo su padre don Simeón Dávila uno de los más ardorosos combatientes de la dictadura de Rosas, peleando en contra de la cual murió.



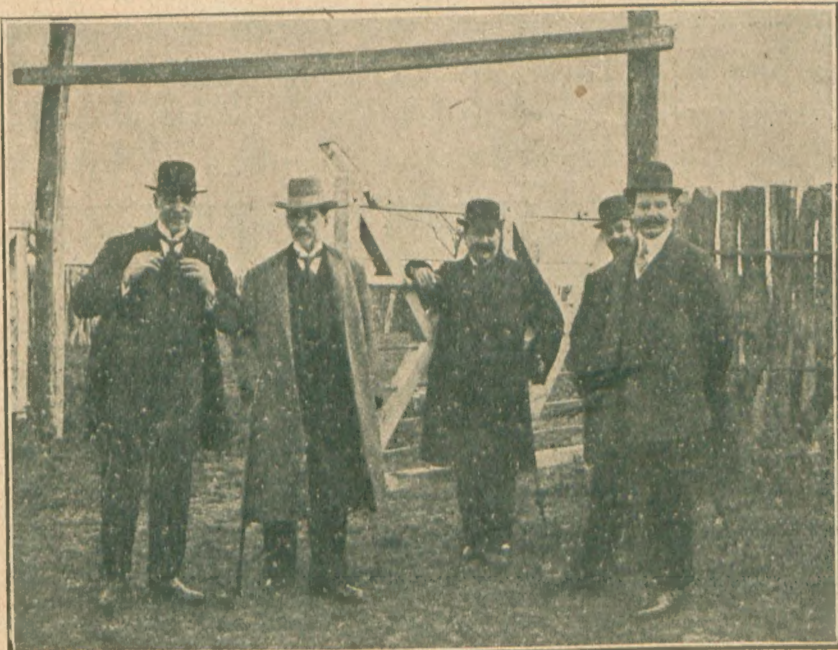
Adolfo E. Dávila, guerrero del Paraguay.

Contaba apenas quince años de edad, cuando el joven Dávila abandonó Chilecito, su pueblo natal, para trasladarse a Córdoba merced a una beca que obtuviera, para educarse en el colegio Nacional de la docta ciudad.

Cursó su primer año de derecho en la Universidad de Córdoba, pasando luego a la Universidad de Buenos Aires, donde terminó su carrera. Después de un breve período en que ejerció su profesión en el estudio del doctor Tarnassi, ingresó a la redacción de "La Prensa" para no tardar en llegar al más alto puesto. En efecto, en 1880 reemplazó al doctor Estanislao S. Zeballos en la dirección de ese gran diario, a través de cuyas columnas que el doctor Dávila llenó a millares y millares empezó bien pronto a admirarse la potencialidad de su talento, la profundidad de su cultura y la serenidad de su espíritu bien templado.

Ya dos años antes habíase el doctor Dávila iniciado como hombre público al ser enviado por sus comprovincianos al congreso nacional con el diploma de diputado. En años sucesivos fué reelegido dos veces más. Como legislador, el doctor Dávila se hizo notar en la discusión de los asuntos que más vitalmente interesaban al país. Los ferrocarriles, el curso forzoso, la reforma electoral, la inmigración y colonización, minería, marina de guerra, puerto de la capital y otros asuntos de no menor importancia y trascendencia.

Poseedor de una grande clarividencia, supo encontrar soluciones aceptadas por todos en las discusiones más acaloradas y en la ventilación de los más difíciles problemas, que muy directamente afectaban al desenvolvimiento del país. Luego, en 1912 fué elegido senador por su provincia, y también en la



En una estancia de la Prov. de Buenos Aires en compañía del maestro Puccini y otros caballeros, cuando la visita que el famoso músico nos hiciera.





Inhumación de los restos del Dr. Dávila, en la Recoleta. Acto en el que hablaron los doctores: Estanislao S. Zeballos, Pedro Olaechea y Alcorta, José A. Cortejarena, José M. Jaramillo y Eleodoro Lobos.



El doctor Dávila en 1891.

alta cámara hizo oir su voz austera y honrada. Su nombre ha quedado incorporado a la creación del Banco Agrícola.

Desde julio de 1916, el doctor Adolfo E. Dávila se encontraba enfermo, pero aún dos días antes de la fecha del centenario de la jura de la independencia el extinto asistió al senado, en la sesión en que el ilustre Ruy Barbosa, embajador del Brasil, pronunció su famoso discurso. Después de la sesión el doctor Dávila escribió en "La Prensa" su último editorial, en el que enalteció la valiosa pieza oratoria del distinguido estadista.

Después de un largo proceso, en que el mal no cedió terreno, el primero del mes en curso a las 7.30 de la noche el digno hombre de trabajo, el preclaro legislador, el probo periodista dejó de existir.

Demostración al embajador argentino en Washington

Organizado por el American Comercial Club, se realizó el sábado de la semana anterior, el banquete en honor de nuestro embajador en Estados Unidos, doctor Rómulo S. Naón.

Ocupó la cabecera de la mesa el señor C. Van Bookeleen, presidente de la mencionada institución, teniendo a su derecha al doctor Naón y a su izquierda al señor Stimson, embajador de los Estados Unidos en nuestro país.

El señor Van Bookeleen ofreció la demostración en elocuentes frases, y a continuación hizo uso de la palabra el doctor Naón para agradecer el homenaje y expresar, entre otras consideraciones, que más que una demostración de carácter personal veía en la fiesta una prueba de los duraderos vínculos de amistad existentes entre los ciudadanos de las dos repúblicas americanas.

Dijo, además, que el intercambio comercial entre los Estados Unidos y la República Argentina, considerablemente acrecentado, constituye una halagüeña promesa de un mayor acercamiento espiritual entre ambos pueblos.

Después de terminar el orador, que fué calurosamente aplaudido, habló el presidente del City Bank, señor Titus, quien regaló al obsequiado un artístico tintero, concluyendo los discursos el señor C. Story, con la recitación de una poesía.



Cabecera del banquete ofrecido por el American Comercial Club al embajador argentino en los Estados Unidos, doctor Rómulo S. Naón, el sábado 6 del corriente, en el Plaza Hotel.

La delegación argentina a Chile



El doctor Pueyrredón, embajador argentino enviado a Chile, saludando a los pasajeros a su paso por Cacheuta.



El Dr. Arturo Mañé, subsecretario del doctor Pueyrredón, con el secretario de obras públicas de la Municipalidad de Buenos Aires, y otros señores, en la estación Cacheuta.

Alemanes internados en Norte América

Los súbditos de Alemania y Austria residentes en los Estados Unidos que por su propaganda o sus maniobras desleales se han hecho sospechosos, son internados por el gobierno de los Estados Unidos en un campamento situado en Hot Springs. Esta medida dictada por razones de seguridad pública ha sido un verdadero regalo para muchos de esos prisioneros de guerra por la benevolencia norteamericana que les ha facilitado todos los medios para que lo pasen de una manera agradable. Las presentes fotografías que sin duda darán motivo a curiosas reflexiones si llegan a Alemania, son un testimonio de esa generosidad.



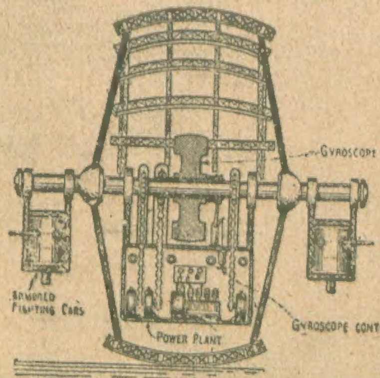
La orquesta dirigida por el profesor Karl Witler.

Los internados disponen de canchas de juego, de terrenos y aparatos deportivos, de biblioteca, etc. Han organizado una banda de música que ejecuta conciertos diarios y un club de ajedrez.

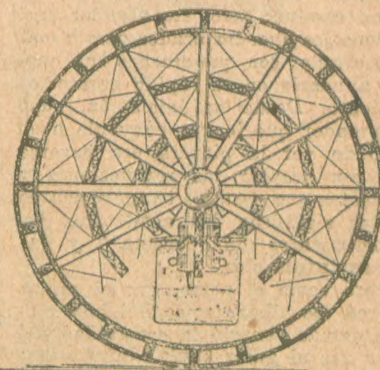
Los mismos internados construyeron una aldea alemana, con su iglesia y casas típicas que les recuerda la patria donde abandonaron al Kaiser, y a la que seguramente no han de desear volver, en estos momentos.

Una formidable máquina de guerra

Una publicación científica norteamericana describe una poderosa máquina de guerra proyectada en todos sus detalles, aunque no construída aún, por H. Gernsback, quien la denomina "Déstructor giroeléctrico". Viene a ser una fortaleza ambulante, un "tanque" en mayores proporciones. Dos torres blindadas cuelgan de los extremos del eje de un gran monociclo que lleva en el centro una instalación de motores eléctricos y un giróscopo. Este monociclo tiene un diámetro de 45 pies; avanza girando como una rueda, pero la superficie en contacto con el suelo,—que en el caso de la rueda es la llanta—no es continua sino que se presenta a manera de escalera con travesaños de acero colocados a un pie de distancia uno de otro. Se calcula que el "Destructor giroeléctrico" puede recorrer de 40 a 60 millas por hora.



Sección transversal.



Vista de lado.

El eje único es un largo árbol hueco que se extiende a ambos lados de la gran rueda. De su centro está suspendida una cámara blindada que lleva un sistema de motores a gasolina de 300 a 500 caballos de fuerza que provee energía a un generador. Dos de los motores eléctricos dan movimiento al eje por medio de una cadena. Un gran giróscopo de acero, accionado por un motor eléctrico especial ocupa el centro del eje e inclinándose ligeramente a derecha o izquierda obra a manera de timón de la rueda.

En los extremos del eje penden dos torrecillas acorazadas provistas de uno o dos cañones y con piso movedizo para arrojar bombas.

El armazón en esqueleto hace a este Destructor mucho menos vulnerable al fuego de artillería enemigo que cualquier otra construcción de su volumen.

Esta máquina, según su inventor, pasaría sobre las alambradas aplastándolas como si fueran palitos de fósforos. Pasaría igualmente sobre las trincheras como si fuera sobre terreno llano.

Caramelos de coco.—750 gramos de azúcar, ¼ litro de crema de leche, 1 cucharada de manteca, se bierven 10 minutos, revolviendo continuamente; se agregan 125 gramos de coco rallado seco, se revuelve por espacio de otros 10 minutos sobre fuego lento, hasta que se separe de la cuchara. Se vierte sobre fuentes planas untadas con manteca y se cortan.



"El carbonero". — Un pintor extraordinario



Benito Chinchella Martín, "El carbonero", en el balcón de su taller-habitación-biblioteca

Una mañana opaca en que la lluvia estaba al caer, peregrinando por la Boca, nos detuvimos a contemplar a un pintor que sentado en la proa de un velero, indiferente al mareante ir y venir de un barco en descarga, pintaba.

Es decir, aquello no era pintar, era un afiebrado arrojar colores y más colores sobre el cartón. En manos de nuestro hombre el pincel iba, venía, describía giros, volvía y revolvía con amplitud majestuosa y segura; a su paso dejaba gruesas huellas que aparecían desordenadas e incongruentes en un principio, pero que bien pronto adquirían forma y cierta concordancia inarmónica, grotesca casi, para formar en seguida un cuadro de una belleza sorprendente; insospechable en un rincón gris y sucio del Riachuelo.

Cuando hubo terminado su tarea, abordamos al raro pintor y fácilmente entablamos charla. Se trataba de un buen muchacho, dulce y humilde, que pinta de pura afición, como siente él la pintura, instintivamente.

Avanzando en nuestra conversación, no nos costó obtener que nos invitara a ir hasta su casa, una de esas modestas casas típicas de la Boca. Allí nos contó su historia, triste como pocas.

Benito Chinchella Martín, es huérfano, peor aún, es inclusero: hijo del amor, como él mismo se llama. Adoptado a los 5 años por sus actuales padres, un matrimonio de sencillos hijos de Italia, su infancia fué dura. Hasta los veinte años fué descargador y repartidor de carbón. Aún recuerda riendo sus primeros pujos en el diseño, carbón en mano y haciendo víctima de sus inclinaciones a cuanta pared halló a su paso.

A los veintiún años sintió la necesidad de instruirse y, sólo, sin ayudas extrañas, empezó febrilmente a aprender, comenzando casi por las primeras letras. Con tanto ardor se inició en esa nueva fase de su vida, que su físico, hecho a las rudas tareas materiales, fué incapaz de resistir, y el bravo muchacho enfermó. Pasó una temporada en Córdoba y San Luis y de regreso en esta adoptó la resolución definitiva que habría de cambiar fundamentalmente su vida. Atacó la pintura abandonándolo todo. Solo, sin apoyo moral alguno; sin un maestro que guiara sus primeros pasos, se dedicó por entero a la pintura. Cruenta fué la lucha que debió sostener: a los obstáculos que forzosamente había de oponerle el desconocimiento de los más elementales procedimientos del complicado arte, se unió la oposición de sus padres adoptivos, que a fuer de honrados trabajadores veían con temor las extrañas inclinaciones del muchacho. Pero el ánimo de éste no decayó y a grandes pasos ha ido ascendiendo por el empinado camino que sólo y desamparado emprendiera.

Merced a su tenaz voluntad, Chinchella Martín ha ido mejorando, adelantando como un gigante por ese difícil camino; solo, sin atender casi los consejos bien inspirados pero a menudo errados con que muchos han querido ayudarle en su rápido perfeccionamiento. Desde su iniciación, supo comprender que lo que convenía a su modo de ver la pintura era hacerse solo, sin aceptar las restricciones y las pautas que para los temperamentos fuertes significan las academias, los procedimientos de "receta" y las normas inmutables.

Libre como el potro, que si nunca saboreó los sibaritismos del box mullido, jamás conoció la esclavidad del freno que al guiar anula e inferioriza; así se hizo este pintor, íntegro, sincero y fuerte.

Ante los cuadros de Chinchella Martín se experimenta una fuerte sensación de virilidad, de hombría agreste, que reconforta, que tonifica en los actuales tiempos de amaneramientos y comercialismo. Viendo los barcos, tristes barcos de trabajo, que pinta este pintor tan encerrado en sí mismo, contemplando los cielos y las aguas que traslada a la tela, se piensa involuntariamente en los trabajos que vemos todos los días en exposiciones y estudios, y hay que sonreír, porque se recuerdan las fatigas que ciertos artistas (esta palabra habría que ponerla entre comillas) se dan para pintar las medias de muselina, los terciopelos, el brillar de las uñas de una de las tantas mujeres en salsa verde que se nos depara como exponente de un refinamiento artístico que por fortuna no corresponde a nuestra cualidad de pueblo joven, un poco indio todavía.



En su escenario habitual. El bosque de mástiles y la intrincada maraña de cordajes y escalas, así como todas las complicadas líneas típicas del Riachuelo, no guardan ya secretos para él.

Comparar el arte de Chinchella Martín con el de tantos pintores insustanciales que se adocenan en busca de un exquisitismo que tiene mucho de incapacidad y mucho de feminismo neurótico, es pretender establecer parangón entre la belleza salvaje de las cataratas del Iguazú y la muda caída de agua filtrada de una gruta de plaza edilicia. Sus cuadros hacen pensar en Augusto Rodin y en Emilio Zola, porque ellos nos hablan con el lenguaje intenso, algo bárbaro, con que solo se interpretan los motivos fuertes, de músculo y de acero. Como Rodin, no se detiene en el detalle ínfimo de la arteriola imprecisa; como Zola va a buscar su musa en los rincones sombríos, donde el tiempo y la pobreza pusieron su sello de aplastamiento e inmovilidad. Chinchella Martín saca de esos sitios en que nadie ve belleza, tales efectos de luz y de sombras, de grandiosidad y de amplitud con tal simplicidad de procedimientos, con una técnica tan sencilla que nos hace creer que hasta ese momento todos, incluso algunos pintores, hemos tenido una venda sobre los ojos y un bloque de hielo sobre el alma.

Y lo que es más asombroso en "El carbonero"—como le llaman aún en toda la Boca en recuerdo de su antiguo oficio—es que sus cuadros son fruto de la labor de una o dos horas; de una tarde cuando más: muy rara vez necesita dos secciones para pintar uno de sus grandes cuadros. Otra de las virtudes de Chinchella Martín es el derroche que hace de pintura; cada una de sus pinceladas significa la merma de medio pomo de color. En ocasiones los pinceles no le son suficientes y entonces usa la espátula para extender el color sobre el cuadro: la flexible lámina de acero se desliza dúctil y sumisa por el cartón y va dejando informes masas de pintura que a veces alcanzan a un centímetro de espesor!

Como es pobre, sus penurias son cruentas para la obtención del caudal de materiales que necesita. ¡Pensar que este hombre llegaría a ser una gloria—como lo calificó uno de nuestros mejores pintores—si dispusiera de lo que cuesta el abono a un palco del Colón!

¿No habrá por ahí algún adinerado señor que quisiera hacerse perdonar sus pecados, destinando algunos billetes de banco a la salvación de este buen muchacho tan valiente, de este artista tan sincero y tan nuestro?

Ernesto E. MARCHESE.



"El carbonero", en su mesa de lectura.

En artículos para NIÑOS y NIÑAS tenemos en exposición el surtido más completo de novedades otoñales.



1 — **TRAJE** estilo "tailleur", confeccionado en gabardina azul y colores, pollera con grupos de tablas, chaqueta adornada con pespuntes, presillas y botones, gran cuello de peluch; para señoritas, talles 36 al 42, a. . . . . $ **70.—**

2 — **VESTIDO** prolijamente confeccionado en fina sarga azul, verde y topo, adornado con pespuntes y bordados en lana, cuello de seda, modelo muy elegante y de última moda; para señoritas; talles del 36 al 42, a pesos. . . . . **48.—**

3 — **VESTIDO** confeccionado en fina sarga de colores, combinado y adornado con puntos pasados y botones de fantasía; para niñas de años 14, $ 38.—; 12-13, pesos 36.—; 10-11, $ 34.—, y 8-9. . . . . $ **32.—**

4—**VESTIDO** confeccionado en gabardina de lana, gran variedad en colores, cuello, puños y cinturón en distinto tono, hebillitas y botoncitos forrados; para niñas de años 6 y 7, $ 24.—; 4 y 5, $ 22.—, y 2 y 3. . . . . $ **20.—**

5 — **TRAJE** Grumete, en sarga azul marino, pura lana, doble cuello y puños de faya azul o punzó, corbata de seda, peto de sarga azul; para niños de años 10-11, $ 23.50; 8-9, $ 22.50; 6-7, $ 21.50; 4-5, $ 20.50; 2-3. . . . . $ **19.50**



6 — **TRAJE** saco naval, en cheviot azul, de pura lana, doble cuello de seda azul o punzó, peto franela lana blanca y bordado de seda oro en la manga; para niños de años 11, $ 29.50; 9-10, $ 28.—; 7-8, $ 26.50; 5-6, $ 25.—; 3-4. . . . . $ **23.50**

7 — **TRAJE** Turista, en casimires de pura lana, espalda con canesú y tablón invertido hasta la cintura y abertura, todo forrado; para niños de 16 años, $ 37.50; 14-15, $ 35.50; 12-13, pesos 33.50; 10-11, $ 31.50; 8-9 $ **29.50**

8 — **TRAJE** de saco, confeccionado en finos casimires de lana fantasía, buenos forros y prolijamente concluído, gran variedad de colores de gran moda, modelo elegantísimo; para niños de 13 a 17 años. . . . $ **33.—**

THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO

El rábano de Posadas (1)

El triunvirato que gobernaba el Río de la Plata, como una medida de conveniencia hizo, en 22 de enero de 1814, presente a la Asamblea la necesidad de concentrar la autoridad suprema en una sola mano, y aquélla resolvió que el poder ejecutivo lo representase una sola persona, reformando en consecuencia el estatuto provisorio vigente. Y dispuso, además, que se asociase al gobierno un consejo de Estado compuesto de nueve vocales.

Para ejercer la primera magistratura del país fué elegido a pluralidad de votos don Gervasio Antonio Posadas, con el título de Director supremo de las provincias unidas del Río de la Plata.

El 31 del mismo mes se recibió del mando con las formalidades de estilo.

El señor Posadas era notario de la curia eclesiástica.

Acostumbraba ir todos los días al mercado, ubicado en el veredón frente a la plaza de Mayo, de la casa conocida por de Escalada, a escoger por sí mismo los comestibles para su mesa. Con este motivo lo conocían los puesteros, que en su mayor parte eran agricultores españoles.

Benito Olivo, uno de ellos, informado por el bando público, que el nombramiento de director supremo había recaído en la persona de su marchante, concurrió a palacio entre la turba el día de su recibimiento.

Esperó que se retirase la concurrencia y quedase el director con sus amigos íntimos. Posadas lo vió y lo hizo llamar.

Una vez llegado a tres pasos de distancia, Benito se cuadró y le dirigió, turbado, la alocución siguiente, que le había enseñado su patrón:

—Señor: A V. E., que le agradan tanto las buenas verduras, le presento este gran rábano, que demuestra la fértil tierra del país que lo ha nombrado su jefe, y por cuya elección lo felicito.

Posadas tomó el rábano, lo examinó atentamente, lo mostró a sus amigos y, dirigiéndose al verdulero, le dijo:

—Benito: te agradezco tu regalo y también tu alocución, que tanto trabajo te habrá costado aprender; y, en prueba de ello, toma esta onza de oro para que te acuerdes de tu marchante.

Como es de suponer, Benito se retiró contentísimo y, al encontrarse con su paisano Paco, le refirió lo ocurrido y le mostró la onza de oro.

Al día siguiente se presentó Paco al director con un nabo grandísimo. Lo felicitó por su elección al mando y le regaló el nabo.

Posadas, después de examinarlo minuciosamente, de mostrarlo a sus amigos y ponderar su tamaño, le dijo a Paco:

—Mira, nuestra tierra es muy fértil. Te aconsejo la cultives con amor; y como es tan grande el aprecio que hago de tu obsequio, estimulado por el mucho afecto que me tienes, te regalo este rábano, que me ha costado una onza de oro.

Y puso el rábano en la mano de Paco.

Luego que éste se marchó, añadió:

—No sería extraño que, sabiendo los verduleros que di a Benito una onza de oro por el rábano, mañana me traigan un choclo enorme. Voy a guardar el nabo de Paco para, si tal sucede, darlo en retribución.

Paco fué al mercado y le tiró el rábano a Benito.

Manuel MANSILLA.

(1) Debemos a la amabilidad del Sr. José Juan Biedma, prestigioso historiador nacional, esta y otras anécdotas escritas hace algunos años por el inolvidable doctor don Manuel Mansilla.

¡Cure la Caspa! El Cabello se Pondrá Espeso, Ondeado y Bello

¡Muchachas! Pásense un paño por el cabello y dupliquen su belleza.

La caspa desaparece y el cabello no se vuelve a caer.

Si desea poseer una cabellera abundante y hermosa, suave, lustrosa, sedosa, ondeada y sin caspa, no tiene más que usar Danderine.

Es fácil y no costoso tener un cabello bonito, suave y, sobre todo, abundante. Sólo tiene que comprar ahora un frasco de Danderine de Knowlton; todas las farmacias lo recomiendan. Aplíquese un poco según las instrucciones que acompañan a cada frasco, y al cabo de los diez minutos se notará más abundante. Se pone fresco, sedoso, cogerá un lustre incomparable y verá que no puede encontrar la menor partícula de caspa, y no se caerá el cabello; pero su verdadera sorpresa será después de usarlo por varias semanas, cuando vea su cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Danderine es el único tónico, a nuestro juicio, que hace crecer el cabello, destruye la caspa y cura la picazón en el cráneo, evitando que el cabello se caiga.

Si Ud. quiere ver lo bonito y suave que su cabello es, humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Su cabello se pondrá suave, lustroso y bello en pocos minutos; una sorpresa agradable aguarda a todas aquellas personas que lo prueban.

De la historia de las perlas

Los chinos conocieron y apreciaron la perla desde los tiempos más remotos. Más de 2300 años antes de Jesucristo era admitida entre ellos para el pago de impuestos. La empleaban para adornar a sus ídolos y la consideraban como un amuleto contra los incendios y los desastres de toda clase.

Las más antiguas medallas y monedas de Persia representan a las reinas con las orejas adornadas con perlas.

En el Antiguo Testamento se habla con frecuencia de las perlas. El libro de Job y los Proverbios de Salomón son testimonios de la estimación en que se las tenía. San Mateo, dice: "El reino de los cielos es semejante a un mercader que busca hermosas perlas y que, habiendo hallado una de gran precio, vende todo lo que posee y la compra". Jesucristo compara con la perla todo lo que hay de más precioso. Los hebreos en el Talmud y los árabes en el Corán, hacen de la perla el símbolo de la belleza pura.

Los antiguos griegos conocieron la perla por intermedio de los mercaderes fenicios que recorrían el Mediterráneo, pero su uso sólo se difundió entre los griegos después de las guerras pérsicas.

Uno de los primeros autores griegos que habla de las perlas es Teofrasto; dice que sirven para fabricar collares de gran valor.

Cuando la República Romana extendió su poder sobre los pueblos bárbaros, se entregó al lujo alimentado por los despojos de los pueblos conquistados. La perla fué entonces una de las joyas más estimadas en Roma. Pompeyo, conquistador del Ponto y de Siria, trajo del palacio de Mitrídates una gran cantidad de perlas, y ofreció una colección magnífica a Júpiter Capitolino. Plinio refiere que en el "triunfo" de Pompeyo figuraba su efigie trazada con hileras de perlas, treinta y tres coronas de perlas y un altar, dedicado a las Musas, adornado con las mismas joyas.

César prohibió que llevaran perlas las mujeres que no tenían hijos ni marido y que contaban menos de 55 años de edad. Pero ésta y otras leyes suntuarias, decretadas por los magistrados romanos, no lograron hacer decaer la pasión por las perlas. Calígula cubría con ellas sus borceguíes y Nerón las empleó para guarnecer los cetros y las carátulas de los histriones.

Más tarde, cuando Bizancio llegó a ser capital del Imperio y centro del comercio entre Asia y Europa, se reunió en esa ciudad enormes y asombrosas colecciones de perlas.

En los siglos XII y XIII, la vuelta de los Cruzados y el desarrollo de sus órdenes de caballería, contribuyeron a vulgarizar aun más el empleo de las perlas en el adorno de la persona. En la Edad Media, el alma mística y ferviente de los pueblos cristianos consagraba las perlas al ornamento de los objetos del culto y las distribuyeron profusamente en relicarios, casullas, misales, estatuas y cálices.

En el siglo XIV la perla está de moda en toda Europa; adorna los ricos trajes de hombres y mujeres y no hay fiesta cortesana o religiosa que no enaltezcan su palidez lunar y los delicados reflejos de su oriente. En esa época las perlas y las piedras preciosas servían, en Europa como en Oriente, a manera de reservas financieras; los príncipes y nobles tenían casi toda su fortuna en piedras preciosas y partían con ellas a la guerra, no sólo para custodiarlas mejor, sino por la virtud mística que se atribuía a algunas de ellas y sobre todo a las perlas. Por esta razón se perdieron o fueron destruídos numerosos tesoros famosos de la Edad Media.

En Francia, la perla aparece bajo el reinado de Enrique II y Catalina de Médicis. Esta poseía, según testimonio de sus contemporáneos, la perla más hermosa del mundo.

Durante los dos siglos que siguieron al descubrimiento de América, la afluencia de las perlas enriqueció a los mercaderes españoles que las vendían a toda Europa. La extravagancia en el adorno del vestido, en aquella época, no conocía límites, y en todas las cortes era frecuente ver a nobles que llevaban todo su patrimonio en las perlas del traje.

Es curioso, sin duda, que siendo la perla una de las primeras joyas más conocidas y apreciadas por su belleza, nunca llegaron los antiguos a sospechar su origen verdadero. Cada pueblo creó a este respecto su leyenda.

El niño que sufre de estreñimiento no quiere jugar ni se ríe.

Si el niño está malhumorado, febril y enfermizo, dele el Jarabe de Higos "California".

¡Madres! Sus niños no son intranquilos ni malhumorados por naturaleza. Fíjese a ver cómo tienen la lengua; si está sucia es señal evidente de que el estómago, hígado e intestinos delicados necesitan un laxante.

Cuando el niño esté indiferente, pálido, febril, resfriado, tenga el aliento fétido, mal de garganta, no coma, no duerma ni funcionen bien sus intestinos; si tiene dolores de estómago, o diarrea, acuérdese que un laxante suave para los intestinos es el primer tratamiento necesario.

Nada iguala al Jarabe de Higos "California" en enfermedades de los niños; dele una cucharadita y en pocas horas desaparecerá el estreñimiento venenoso, bilis ácidas y alimento fermentado que obstruye los intestinos, y su niño estará sano y contento otra vez. Todos los niños encuentran este inofensivo y delicioso "laxante de fruta" muy agradable al paladar, y es siempre eficaz para los órganos interiores. Las direcciones para tomarlo, tanto los niños de todas las edades como los adultos, vienen impresas en cada botella.

Téngalo siempre a la mano. Un poco que se le dé hoy, salvará a un niño enfermo mañana; pero compre el genuino. Pídale a su boticario una botella del Jarabe de Higos "California" y vea que sea el fabricado por la "California Fig Syrup Company".

Y la alegría huyó de la tertulia

Hasta mi casa llegó, con las murmuraciones de toda la gente, una invitación para las cenas del sábado.

Yo no conocía a la viuda del pobre Romero más que a través de las habladurías de mis amigos, que se habían empeñado en pintármela como un delicioso monstruo; pero como era amigo de su marido desde Montevideo y con él había hablado muchas veces de ella, tenía mis razones para no creer más que a medias a todos los moscardones hispano-americanos que se movían en derredor de la calumniada criolla.

Más por enterarme de la verdad que por entusiasmo, el sábado fuí a visitar a Josefina acompañado de un joven poeta dominicano, ya familiar en la casa.

Según este imberbe calavera, no se habían cumplido aún los quince días del fallecimiento del pobre Romero y ya la viuda gustaba del Champaña de las orgías montmartrenses y el "Samos" de las juergas estudiantiles del Barrio Latino. Los amigos habían empezado por indignarse y acabado por acompañarla, seducidos por su belleza tropical, de modo que, por su departamento de hotel ligero, había empezado un no interrumpido desfile de cuanto latino-americano vivía en París.

Era un sábado de otoño, lluvioso y sucio, y uniformemente enlodado desde la calzada al cielo. Una impertinente niebla ponía su tul húmedo y enfermizo entre las casas; el tono gris pizarra de todo el ambiente parecía que llegaba al alma y la entristecía.

Cuando entramos en la salita, enmoñada y coqueta, no esperaban más que tres estirados gomosos tropicales, que inútilmente querían ocultar al indio primitivo bajo la impecabilidad de los trajes de moda.

Nosotros nos acomodamos en un diván, frente a las ventanas que se abrían sobre la calle, dando paso a una luz lechosa que apenas dejaba adivinar el color de los objetos.

A poco de estar allí se abrió la puerta del fondo con violencia y se adelantó hacia nosotros sonriendo una mujer hermosa, voluptuosa, con risas en sus ojos negros de criolla, con risas en sus labios pintados de coqueta, con risas en su traje vaporoso, con risas en su cabellera de ébano florecida, con risas en sus manos ensortijadas...

El luto no aparecía más que bajo las flores de su peinado y en la noche de sus pupilas.

Nos apretó las manos a todos, sin preocuparse de nombres ni esperar presentaciones, y nos repartió por igual sus sonrisas abiertas y sus "Buenas tardes" sonoras.

—¡Qué tarde infame, eh? Si no vienen ustedes me muero de fastidio.

—...

—¡Ah, no han venido todos mis invitados! ¡Miren que son cobardes los hombres!... Se han asustado de la llovizna.

—...

—¡Las cuatro ya! ¿Pero es posible que no hayan llegado aún las muchachas?

—...

—Sí, espero a Mercedita, ¿La conocen ustedes? Es una chica deliciosa; baila en "Folies Bergères" todas las noches, pero como su número empieza a las once, nos acompañará a cenar. Ninette me escribió asegurándome que estaría aquí antes de las seis...

—...

—¡Hombre, por Dios, no me hable usted de los niños! El señor Peralta se ha encargado de ellos y los ha metido en un colegio... que ni sé dónde está. Son un estorbo, y de no haberse empeñado tanto mi difunto...

—...

—¡Imagínense ustedes! La vida es corta y hay que aprovecharla; es mi filosofía... Pienso gozar mientras tenga fuerzas; después... Dios dirá.

...Y así continuó, animándose con sorbos de licor y bocanadas de humo perfumado, hasta que apareciendo su interior real, loco, inconsciente e infantil, llegó a hablar soezmente, con frases de doble sentido, riendo bullíciosamente siempre, palmoteando las rodillas de todos, cruzando las piernas... El "argot" parisién y el "caló" porteño se mezclaban con el castellano y el francés, formando un dialecto endiablado, lleno de picardía sutil y cálida. Todo con un ansia tal, que adiviné un deseo de precipitación, un vértigo provocado por ella misma para hundirse cuanto antes en el vicio, en la corrupción y en la inconsciencia.

Llegaron más invitados: Merceditas, Ninette, Yvonne, Clara la malagueña y varias Luiús y Mimís del bulevard Saint Michel.

—Los americanos van a tener ahora su "Presidenta",—nos decía gozosa;—ya verán como esa "Madame" Sabatier queda chiquita a mi lado.

La tertulia estaba animadísima. La confianza había prolongado el tiempo, y, a pesar de que todos nos acabábamos de conocer, nos sentíamos íntimos amigos.

Del saloncillo llegaban ruidos de porcelana y cristalería, estampidos de Champaña y besos de Burdeos y Sauternes...

Cuando la penumbra se iba haciendo tiniebla, y ya los faroles de la calle empezaban a iluminarse entre las gasas grises de la niebla, un ruido de ruedas y de cascos que se detenía en la puerta del hotel nos llevó a todos a las ventanas.

—¡Vamos a ver a los remolones, a los cobardes!—gritó Josefina, descorriendo los cortinajes y pegando la frente a los vidrios empañados que lagrimeaban.

Yo también me asomé y encima de la capota de un carruaje escolar, leí: "Ecole Infantine. Neuilly"

Josefina no pudo disimular su disgusto.

—¿A que son esos demonios? Apostaría.

Yo vi bajar por la portezuela trasera dos siluetas pequeñas y borrosas que entraron en el hotel guiadas por otra mayor de mujer. Los ojos de los convidados se buscaron interrogativamente.

Un momento y la puerta se abría. La institutriz quedó turbada en el marco y dos niños enclenques entraron corriendo, con los bracitos abiertos:—¡Mamá, mamá!

Hubo un grave silencio entonces, un silencio de delito sorprendido. La viuda de Romero, asumiendo una seriedad bastante teatral, besó ceremoniosamente a sus dos hijos, y, encarándose con la institutriz, que también interrogaba con los ojos, dijo temblando de cólera:

—¿Qué es esto?

—Estuvo el señor Peralta a ver a los niños; los niños querían ver a usted... y el señor Peralta nos dijo que se los trajésemos.

—Muy bien, retírese.

Y cuando la institutriz había desaparecido tras la puerta, exclamó dando un puntapié sobre el suelo:

—¡Vaya un idiota!

Luego apretó el botón de la campanilla. Nosotros seguíamos en silencio:

—Llévelos al restaurant,—dijo a la criada,—y luego acomódelos en su cuarto por esta noche.

...Y mientras Josefina preparaba las copas de champaña, silenciosamente salió la criada arrastrando a los niños de la mano; ellos, con la cabeza vuelta, azorados, miraban a su madre y a nosotros con una tristeza que ponía opacidades en sus grandes ojos de enfermitos, en los que había acusaciones para todos.

...Y la alegría huyó de la tertulia por la misma puerta por la que la criada sacara a los dos niños.

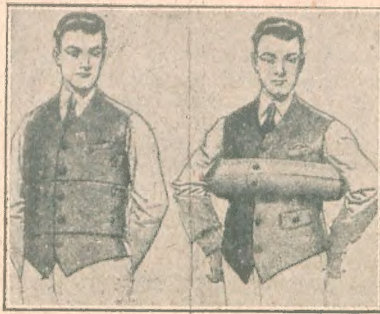
Alejandro SUX.

LA OFENSIVA



Estados Unidos. — ¡Valor, amigos! Vengo a ayudarlos.

El chaleco de los previsores



En algunas casas de ropa para hombre de los Estados Unidos se halla en venta desde hace poco tiempo un chaleco que lleva una ancha faja de material impermeable al agua y al aire. Es simplemente un salvavidas. Esta faja puede ser inflada en pocos segundos, mediante un canutillo de goma que se lleva a la boca. Constituye así un cinturón flotante suficiente para soportar el cuerpo de un hombre en la superficie del agua. Es, sin duda, el chaleco más cómodo en tiempo de submarinos.

EL DUELO EN AUSTRIA-HUNGRIA

La "Friedens Warte", periódico vienés, dice en número reciente: "El emperador de Austria ha suprimido el duelo en el ejército. Una ordenanza por la cual trabajaron largo tiempo personas ilustradas, sociedades y congresos, acaba de ser impuesta de una plumada. El principal abogado de esta causa, el presidente de la Liga internacional contra el duelo, es el príncipe Alfonso de Borbón, pariente cercano del emperador. A su influencia se debe esta decisión memorable y moderna. Cae, pues, un vestigio de la Edad Media, que sostenían con razones aparentemente convincentes los partidarios del obscurantismo. Algún día ocurrirá lo mismo con la guerra, que tiene tanta similitud con el duelo, que los argumentos en pro y en contra son casi iguales. Si se lee el rescripto imperial se verá que podría referirse del mismo modo a la guerra: "Desde tiempos muy antiguos mi fuerza armada ha aceptado el duelo y lo ha conservado como una institución tradicional. El respeto de las tradiciones no debe llevar a que, contrariamente a una convicción mejor, a los mandamientos de Dios y a la ley, la reparación del honor ultrajado sea confiada a la habilidad en el manejo de las armas y, por consiguiente, dejada al azar ciego."

PARA CULTIVAR LA VANIDAD

Si logra usted ser popular, sepa que es debido a su irresistible magnetismo personal.

Si es impopular, advierta que es debido a su carácter superior y a su poderosa personalidad.

Si es usted aficionado a la lectura, permítase reflexiones de desprecio superior hacia los ignorantes.

Si los libros le aburren, compadezca a esos infelices pedantes que sólo sienten emociones de segunda mano.

Si le va mal en los negocios, atribúyalo a que su genio se despreocupa de los vulgares intereses materiales.

Si no consigue que las mujeres le amen, recuerde que son seres triviales y vanidosos.

Si Rosita, la vendedora de bombones, corresponde a sus atenciones mejor que la rica heredera, piense que la verdadera emoción y la verdadera comprensión residen sólo en el corazón de los simples.

Si Fulano le dice que Rosita le ama por el dinero que gasta en su negocio, no haga caso: ese pobre individuo está celoso.

No preste atención a los pensamientos que le dicen que no es usted un hombre notable. Son productos de una depresión enfermiza que no debe ser fomentada.



Austria.—¡Yo no robé el nido!
Uncle Sam.—Pero usted le tenía la escalera.
(De "Baltimore American".)

EL SOLDADO TIENE MENOS PELIGROS QUE EL NENE

Un soldado que afronta a diario las enfermedades y la muerte en los grandes campamentos y en la zona de la guerra tiene siete veces más probabilidades de vida que un recién nacido. Esta sorprendente afirmación se funda en las estadísticas. Según cifras dadas a la publicidad por el ministerio de la guerra norteamericano y otras compiladas por una compañía de seguros londinense, las pérdidas de vidas, por todas las causas, entre las fuerzas británicas del frente de guerra, son de un poco más del 2 % por año. De los 2.500.000 niños que nacen anualmente en los Estados Unidos, 350.000 mueren antes de cumplir su primer año de edad, esto es, en una proporción de más del 14 %.

UNA MISTIFICACION

El director del Instituto Alemán de Madrid, durante el Congreso eclesiástico internacional celebrado en Granada con motivo del tercer centenario del jesuíta Suárez, tuvo la ocurrencia de halagar el amor propio español con un recurso científicamente germánico. Declaró que en Alemania se conocía y se admiraba desde hacía mucho tiempo al polígrafo español a tal punto, que en Berlín se había dado su nombre a una calle, la Suarezstrasse. Esta audaz afirmación habría pasado por verdadera, a no haber algunos doctos congresistas denunciado la superchería en un diario de Granada. Existe en Berlín una Suarezstrasse, pero le ha sido puesto este nombre en honor del jurisconsulto prusiano Karl Gotlieb Suárez, consejero de Federico el Grande, y el cual nada de común tiene con el jesuíta español.

La madre

—¡Antonio! ¡Francisco! ¡Juan!—gritó la ciega, incorporándose aterrorizada en el lecho, muy abiertos los ojos en las tinieblas.

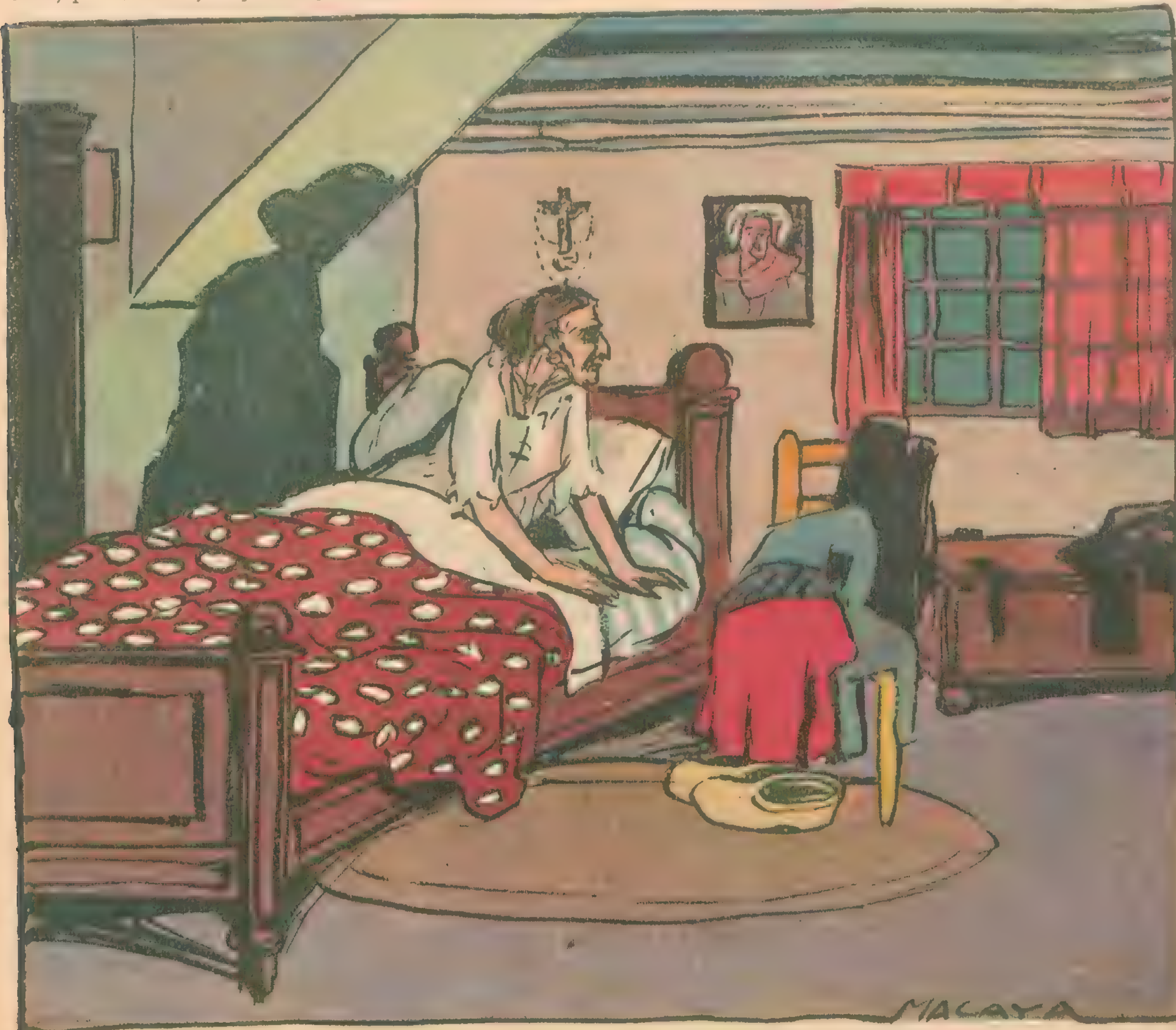
El huracán sacudía la choza.

—¡Antonio! ¡Francisco! ¡Juan!—repitió más fuerte Marina, tratando de dominar con su voz el aullido del viento y el tamborileo de la lluvia sobre las tejas.

—¡Antonio! ¡Francisco !¡Juan!—volvió a gritar cada vez con mayor espanto.

Había perdido la vista hacía un mes y vivía en un temor continuo. Se daba cuenta de que sus hijos habían salido en mitad de la noche y en lo más recio del huracán, dejándola sola. Le pareció que oía golpear la puerta dejada abierta y que la helaba una racha de viento.

No obteniendo respuesta saltó del lecho, para cerrar, por lo menos, la puerta que golpeaba. Pero recordó de súbito que estaba ciega, y el terror de su ceguera superó a todo otro terror. Volvió a acostarse, se encogió entre las sábanas y se encomendó a la Virgen.



Por la mañana, cuando supo por sus hijos lo que había ocurrido durante esa noche, no pudo contener un grito, impresionada por la certidumbre de que su presentimiento se había realizado. Sus hijos la miraron sorprendidos. Ella no tuvo valor para preguntarles si habían salido durante la noche y para qué. ¿No había advertido un temblor en sus exclamaciones de sorpresa?

Uno de ellos dijo que había salido para amarrar el bote en previsión de la creciente. Era natural, pero ella no le creyó y no preguntó nada. Luego refirieron el asesinato de esa noche. Debía ser una venganza, pues la justicia no había descubierto ningún indicio de robo. Marina simuló creer lo que le decían. Les temblaba la voz e insistían demasiado en que no había habido robo.

Durante el día los comentarios de las vecinas la confirmaron en su creencia secreta. ¿A quién había hecho mal ese buen hombre del cura? La imaginación popular se extraviaba en suposiciones supersticiosas, queriendo hallar una relación entre el asesinato nocturno y el huracán que había desarraigado árboles, desbordado el Arno y levantado los techos de muchas casas. Marina también veía esa relación. Y cada vez que entraba alguien de afuera tenía miedo y parecíale que sus hijos temblaban en un rincón.

Pero ¿acaso no eran unos mozos honrados? ¿Quién podía decir algo de malo sobre ellos? ¿No habían demostrado siempre temor de Dios y santo respeto por el buen cura? ¿No se había comprobado que no se trataba de un robo?... Sin embargo, desde el primer momento conservó en la mente la visión del cura tendido en las gradas del altar, con la cabeza despedazada, y sus hijos huyendo, con las manos ensangrentadas, en medio de la tormenta. Y toda la vida de la ciega se redujo a ver el espectáculo terrible en su conciencia maternal.

Y así fueron las cosas.

La familia Dell'Assunta pasó el resto del invierno en una miseria más sombría todavía y hubo días en que ni pan tuvieron. Las lluvias continuas, las crecientes frecuentes del Arno habían interrumpido todos los trabajos. Ni Antonio, que era botero, ni Francisco, que era jornalero, ni Juan, que solía trabajar con los labradores, habían tenido trabajo. Muchas veces, el pedazo de pan necesario para no morirse de hambre fué fruto de las manos de Marina.

Cuando llegó el buen tiempo, Juan, el menor, el más enérgico de los tres y el más rebelde contra la miseria, pensó que era el momento de adoptar una resolución, y como en esos días emigraban muchos obreros de la región, partió con ellos. Al año siguiente, habiendo hallado en el extranjero el medio de vivir un poco mejor y hasta de hacer algunos ahorritos, llamó a sí a Francisco, el segundo de los hermanos Dell'Assunta.

Permanecieron en el extranjero cerca de tres años, durante los cuales lograron reunir un pequeño peculio y regresaron al pueblo natal. Desde entonces se diría que la Providencia se había propuesto alejar de la conciencia de Marina el espectro sangriento, pues las bendiciones del cielo comenzaron a caer sobre la familia Dell'Assunta.

Juan, que era siempre el más activo y el más inteligente de los tres hermanos, abrió, con Francisco, uno de esos pequeños negocios que se ven en las aldeas, en los cuales se vende desde el pan hasta el hilo de coser. El negocio fué muy bien, pues Juan era simpático por su aspecto franco y su buen humor. Luego, la fortunita de los hermanos Dell'Assunta no sólo no era mal vista por nadie, sino que todos deseaban contribuir a ella, por la satisfacción muy natural de creerla en parte obra suya.

Después de algunos meses, la gente de los alrededores hacía sus compras en casa de Juan Dell'Assunta de tal manera que éste se hallaba en todo momento atareado ya en el mostrador, ya junto al horno, siempre dispuesto a servir a los clientes, atento y sonriente, con una palabra de buen humor en los labios. Todos los días las largas hileras de pan caliente y humeante difundían su buen olor reconfortante en el negocio y Juan, entonces, sentía ganas de reír y cantar, pensando en el tiempo de su miseria. El buen olor llegaba también a Marina, sentada en un rincón.

La prosperidad aumentó. Después de tres años fué posible extender el comercio, agregando al hermano mayor, Antonio. Francisco, muchacho menos despierto que Juan, hasta un poco tímido, pero de buenas intenciones, compró un asno y se dedicó a recorrer los pueblos vecinos vendiendo lana, algodón, géneros y algunas chucherías, con lo que se ganaba muy bien su pan. Antonio ocupó su lugar al lado de Juan. Pero éste, siempre entre las mismas cuatro paredes, comenzaba a sentir que le faltaba aire para sus fuertes pulmones; por otra parte, su hermano mayor, tan robusto, dócil y trabajador, era justamente el buey de trabajo que servía para el negocio. Juan podía intentar otra cosa. Quiso dedicarse al comercio por mayor de vinos, aceites, trigo y otros productos parecidos. Tenía algunas economías, mucho crédito y tanta habilidad que se podía estar seguro del éxito.

En esos años en que, día tras día, la familia Dell'Assunta acumulaba su fortuna, era un placer verla. Los tres hermanos se dedicaban a sus intereses, en paz y concordia, tranquila pero infatigablemente, sin molestar a nadie y sin ocuparse de otra cosa. Y la madre, una madrecita ciega, es cierto, pero después de todo no muy desgraciada, parecía ser el alma silenciosa, recogida y vigilante del amor, de la concordia, de la actividad y de la buena suerte de sus hijos. El pueblo, tan resignado en su inercia y en su pobreza secular, miraba a esos tres hermanos, activos y prósperos, con una complacida sorpresa. El negocio estaba en el centro de la comarca, frente a la calle de la Iglesia, y cada mañana era sitio de entretenimiento de chicos y grandes cuando Francisco, silencioso y pensativo, ataba el asno y cargaba su carrito con lanas, ropas y géneros, y Juan, alegremente, cargaba en un carro grande barricas y bolsas para ir a recibir aceite, vino o trigo o para repartir, acá y allá, esos productos. Antonio, el buey de la familia, ayudaba a Juan, a Francisco, movíase atareado en el negocio.

Marina permanecía sentada en el fondo del negocio, aguzando el oído cada vez que alguien entraba, cambiando algunas palabras con las mujeres o contando las monedas sobre el mostrador de mármol. Por la noche, cuando regresaban los hijos menores, levantaba las manos hasta la altura de los ojos, para recibir las ganancias del día; parecía que sus manecitas descarnadas y vacilantes, temblaban de codicia, cada vez más.

Desde que comenzaron a entrar ganancias en la casa, Marina hizo valer sus derechos de madre, para que sus hijos se las dieran a guardar. Los hijos, muy afectuosos para con ella, sobre todo después de la desgracia, y que querían permanecer unidos, consintieron, de buen grado, y depositaban sus ahorros en común. Marina lo había querido así, pues la madre no dudaba de que esa fortuna estaba fundada en un crimen y traía consigo la maldición divina: algún día habría que rendir cuentas en una misteriosa restitución. Así, en el espíritu de la vieja ciega, se unían el remordimiento y el tesoro: cuanto más aumentaba el peculio, más cerca estaba el día de la justicia. Y Marina temblaba, esperándolo.

Un día se hallaba en su rincón habitual, en la semioscuridad. Había en el negocio algunos campesinos y sus tres hijos. Era día de fiesta; se bebía y se discutía animadamente. Marina no sabía de qué. De vez en cuando sus hijos, mientras iban y venían, tomaban también parte en la discusión. En cierto momento no oyó sino sus voces; las demás habían enmudecido. Gritaban, de acuerdo como de costumbre, sosteniendo una cosa. Pero, de pronto, los tres callaron, y Marina creyó oir, en el silencio general, el nombre del cura asesinado hacía diez años. ¿Quién lo había pronunciado?

Aterrorizada como si de improviso todos hubieran leído en su corazón, la ciega no habría podido

decir si ese nombre fué pronunciado por un ser humano o por un espíritu. Pero la voz de Juan, que dominaba a las demás, había enmudecido, la voz de Francisco había enmudecido y el gesto habitual de Antonio—que Marina veía con los ojos de la memoria—la mano que se agitaba sobre la cabeza como llevada por un remolino de aire, se había detenido de golpe. Fué como una muerte instantánea. Durante el instante de silencio, Marina recordó que desde hacía largo tiempo no podía ir a la iglesia; advirtió que lo mismo ocurría a sus hijos.

Un día quiso decir todo a Juan, en quien constantemente pensaba, pues sabía que todo se hacía por la voluntad de su hijo menor. Anochecía. Marina estaba ya acostada. De la calle le llegaban los ruidos del negocio y los de los carros que descargaban delante de la puerta. En el día los hermanos habían discutido mucho entre ellos si debían comprar una gran casa que estaba en venta, en la cual podrían ir a vivir e instalar otro negocio. Antonio, siempre reacio a toda novedad, se había opuesto. La ciega también se había opuesto, por sus razones secretas. Llegó a enfurecerse contra Juan, que se obstinaba en querer comprar la casa; gritó tanto que se la hubiera creído loca. El violento enojo le había ocasionado un dolor en el pecho que la obligó a acostarse más temprano que de costumbre. Y ahora, en la cama, pensaba en Juan, llena de rencor contra él. Quería hallar el motivo de su convicción de que todo había sido hecho por él; y para ello repasaba en su memoria la vida entera de su hijo, desde su nacimiento, día por día y, si le era posible, hora por hora. No hallaba precisamente lo que quería, pero estaba segura de que cierta vez, antes del asesinato, el motivo de esa convicción había penetrado en su espíritu. No recordaba el caso particular que le diera origen. Estaba resuelta, pues, a interrogar a su hijo cuando, de pronto, entró éste para persuadirla quizá con respecto a la casa. La pregunta que Marina iba a hacerle le pareció súbitamente tan horrible, que se irguió sobresaltada, llena de espanto como en aquella lejana noche del huracán y del asesinato; veía el color de la sangre en las tinieblas de su ceguera.

Murmuró algo, pero Juan la interrumpió:

—¡Oh, mamá, termina de una vez con esas ideas!

Un instante después la ciega sintió caer de sus labios el nombre del espectro, pero ya Juan había salido de la habitación.

Desde ese día, madre e hijo procuraban no encontrarse a solas.

—¡Ha leído mi pensamiento antes de que hablara!

Así pensaba Marina, y repetíase:

—¡Sabe que yo sé todo!

Pero ¿por qué el cielo continuaba colmando con sus favores a la familia Dell'Assunta? Su prosperidad aumentaba como buena semilla en terreno fértil.

La casa grande había sido comprada por los hermanos. Habían abierto en ella un gran negocio que dirigía Francisco, el cual, desde hacía años, había dejado de recorrer los pueblos con su asno. Ahora, su vientre voluminoso sentaba bien a su gravedad y—señal manifiesta de que su cuerpo no tenía ya nada que desear—alentaba cierta ambición de honores cívicos. Antonio, en cambio, continuaba siendo el buey de trabajo y parecía que la prosperidad producíale el efecto curioso de hacerle perder la palabra cada vez más.

Pero Juan sabía gozar dignamente de la suerte. Su iniciativa era más vasta y abundante que su fortuna. Utilizaba ya a varios intermediarios para sus operaciones comerciales. Continuamente ensayaba nuevos recursos. Había creado en el punto principal de la comuna un gran almacén, verdadera mina de la familia. Adquirió maneras y costumbres casi burguesas, y con su carácter dominador sabía ser el primero de la comarca, de suerte que todos se dirigían a él, ya para una fiesta, ya para pedir a las autoridades alguna cosa de interés público.

Asegurada definitivamente la abundancia, quisieron casarse: las bodas tuvieron lugar en tres veranos consecutivos y en tres días caniculares. Antonio se casó con una robusta campesina, sana y fecunda como el campo soleado; Francisco, con la hija de un propietario, que le trajo como dote mucho dinero y muchas esperanzas de lograr dignidades públicas. Juan tuvo por mujer a la muchacha del pueblo más rica, linda y alegre. Eran tres mujeres soberbias y fueron tres soberbias madres.

Una casa grande recibió a las tres nuevas familias, constituídas como una sola, merced a la voluntad de acero de los hombres, que supieron ahogar en seguida todo motivo de discordia entre sus mujeres. Y Marina no era sólo la madre anciana, sino que, en la imaginación rústica de sus hijos, comenzó a representar, más que en el pasado, algo que ellos mismos no sabían definir: la amaban y al mismo tiempo sentían ante ella una especie de superstición religiosa, como ante un ídolo familiar. Era quizás el talismán de la buena suerte. Y Marina tenía realmente algo de sagrado y de misterioso, algo de idolillo sombrío, pues se estaba siempre muda, quieta, recogida como un montón de arrugas y de huesos, en una aparente somnolencia continua. Por la antigua costumbre, a la que daban, sin saberlo, un significado supersticioso, depositaban todavía en sus manos algunas sumas. Eran las ofrendas al idolillo. Pero Marina sabía que eso no era sino una parte mínima de las ganancias de la familia. Estas debían ser fabulosas, a juzgar por las charlas de las mujeres que la visitaban. La anciana oía todo eso desde el fondo de su somnolencia. Y las mujeres hablábanle también de la belleza de sus nueras y Marina se las imaginaba de una belleza que causaba secreto terror, puesto que no era de este mundo. Si sus nueras le dirigían la palabra o la tocaban, las voces o el contacto, con su calor de juventud, penetraban hasta el fondo de su conciencia, donde estaba el espectro de la sangre. Las nueras representaban la mejor fortuna de sus hijos. Pertenecientes a las familias más ricas del país, a las cuales Marina en otro tiempo había servido con su trabajo, eran sin duda la cosecha más espléndida de la simiente del crimen lejano.

La muerte no había entrado todavía en la casa. Siempre nacimientos y nacimientos. La muerte no había entrado todavía en la casa, y Marina sabía que la primera visita sería para ella.

Los vagidos de los recién nacidos le inspiraban un terror singular; veía en ellos la voz del espectro y la de la justicia divina que había de castigar al día siguiente.

Y el día siguiente vino al fin. Fué un huracán que se desencadenó sobre las tres familias Dell'Assunta. Primero, una peste que apareció acá y allá en la comarca, atacó a las tres progenituras y destruyó a la mayor parte de ellas. Algunos meses después murió Antonio. En el curso de tres años le siguieron Francisco y una de las mujeres. Los sobrevivientes estaban consternados viendo que la muerte se había posesionado de su casa. No era la muerte que hiere y sigue su camino, sino un enemigo que entra, se instala y se entrega a la matanza. En las treguas de la muerte, las enfermedades y los trastornos de fortuna de toda clase tenían continuamente agitada a la familia Dell'Assunta. Estaban tan convencidos de que debían desaparecer rápidamente uno tras otro, que había nacido entre ellos una especie de hostilidad secreta, por la esperanza que cada uno tenía de sobrevivir a los demás. Comían juntos, sin hablar, sin alzar la mirada del plato. Luego, se separaban. Todos los trabajos habían cesado; en la amplia casa no se oía un ruido; parecía habitada por sombras y como si Marina hubiese extendido su círculo de silencio.

Vino, por fin, el último arrebato del huracán.

Juan y Marina habían quedado solos. Quizás madre e hijo no cambiaron cuatro palabras durante un año. Marina no era más que un hálito en una envoltura de huesos y arrugas. Se había quedado en su rincón, oyendo los golpes de la muerte a su alrededor. De vez en cuando, una voz callaba; Marina no la oía más y eso era todo. Luego Marina advirtió que era como la dueña de toda la casa, y, sólo entonces comprendió cuán vasta era. Algunas veces alguien se movía todavía, silenciosamente, con paso furtivo.

¿Qué hacía? ¿Esperaba su hora?

Un día, Marina quiso saberlo. Interrogó a una vieja sirvienta.

Juan se había convertido en un espectro. Pero aun existía en él algo que no quería entregarse, vencido, al destino. Sus ojos parecían devorados por el fuego de una fiebre continua. A veces, contaba la sirvienta, miraba a uno con ojos fijos que daban miedo.

Y llegó también la hora de Juan.

Vino el confesor y permaneció largo rato al lado del moribundo. Salió para decir que el moribundo quería ver a su madre. La anciana fué llevada en una silla y dejada sola al lado de la cama de su hijo.

Entonces hizo a su madre la confesión, con voz ronca y entrecortada en la que parecía palpitar un acento de cólera.

El crimen había sido consumado, pero robaron poco dinero. Ahora toda la fortuna de la familia Dell'Assunta debía ser distribuída a la iglesia y a los pobres, por la salvación eterna de los que habían muerto, del moribundo y de la sobreviviente. Esta postrer voluntad había sido trasmitida en la hora de la agonía, de uno a otro, hasta Juan que se la dejaba a su madre.

Juan murió. Marina repetíase continuamente que habían robado poco dinero y que era preciso distribuir todo a la iglesia y a los pobres.

Pero no tuvo valor para hacerlo ni para hablar. Sólo poco dinero habían robado. Y Marina no tenía ya valor; el instinto de la maternidad y de la familia era el único soplo de vida que le quedaba. En sus tinieblas, en su decrepitud, no hallaba qué era lo que debía hacer. Ciertamente no habría podido hacer nada ni decir una sola palabra, sin que todos descubriesen lo que sus hijos habían hecho.

Y se decía, extinguiéndose: "¡Sólo tú serás condenada! ¡Tus hijos descansan en el perdón del Señor, pero tú sola serás condenada!"

Y Marina tenía temor de Dios. Pero los días pasaban y el miedo de revelar el secreto de su familia le impedía tomar una resolución: "¡tú sola serás condenada!"

Un día la hallaron muerta, en su silla, con dos gotas de sangre en el ángulo de los ojos.

Enrique CORRADINI.



Dib. de Macaya

La procesión cívica del domingo

Vista parcial de la enorme multitud congregada en la plaza de San Martín, en momentos de entonar el himno patrio ante la estatua del libertador, como homenaje tributado con motivo del centenario de la batalla de Maipú.



Señor Adolfo Calvete, comisario general de la manifestación patriótica, a la cual precedía, a modo de batidor.



El presidente de la República y sus ministros, ocupando la cabeza de la manifestación, al paso de la columna por la calle Florida.



La primitiva máquina movida a brazo, con la cual se planchaba la ropa hace cincuenta años.

S. M. el Jabón

El lavado mecánico en Buenos Aires.—Su evolución a través de más de medio siglo.—La última palabra en la limpieza de la ropa.— Aseo servido a domicilio.

Entre todos los productos de uso común con que la humanidad e rodea, acaso no haya ninguno tan corriente y vulgar como el jabón, pero si por un momento nos diéramos a considerar la enorme trascendencia que emana de sus funciones, sería necesario, como un acto de reparadora justicia, sustraerle al ínfimo grado de la categoría en que yace, para elevarle al nivel de las cosas capitales.

En efecto, su influencia, francamente decisiva, es capaz de operar la trasmutación de valores; alejando la mugre, otorga calidad y jerarquía personales, y es un salvoconducto contra la prevención y rechazo instintivos. En cambio, su ausencia implica la hostilidad inmediata y concluye, irremediablemente, por determinar la derrota individual. ¡Cuántas veces un churrete en la cara o una mancha en la ropa habrá sido causa suficiente para cambiar en la vida el destino de una persona!

Reconociendo, pues, la importancia que en nuestro planeta tiene la jabonadura, tanto desde el punto de vista social, como del higiénico, creímos de cierto interés para nuestros lectores, ofrecer en estas páginas algunos datos informativos respecto a la industria del lavado en Buenos Aires, y nuestra primer tarea fué buscar un mentor ''ad hoc'', es decir, lo suficientemente saponificado para servir nuestro propósito. Lo hallamos, por fortuna, en el señor Cipriano Laborde, verdadera autoridad en la materia, quien, no obstante su grave aspecto de guerrero del Paraguay, se prestó con la mayor amabilidad a nuestros deseos.

—Al hablar del lavado mecánico—comenzó diciéndonos el señor Laborde—muchos creerán que se trata de una industria nueva entre nosotros, establecida de poco tiempo a esta parte, y serán contados los que sepan que ella se inició en Buenos Aires hace nada menos que cincuenta y cuatro años.

En aquella lejana época, casi todas las mujeres que se dedicaban a lavar, eran negras. Los dominios del Río de la Plata alcanzaban a lo que hoy es Paseo de Julio, y las lavanderas se situaban en su orilla, abarcando el espacio comprendido entre la calle Piedad y la Recoleta.

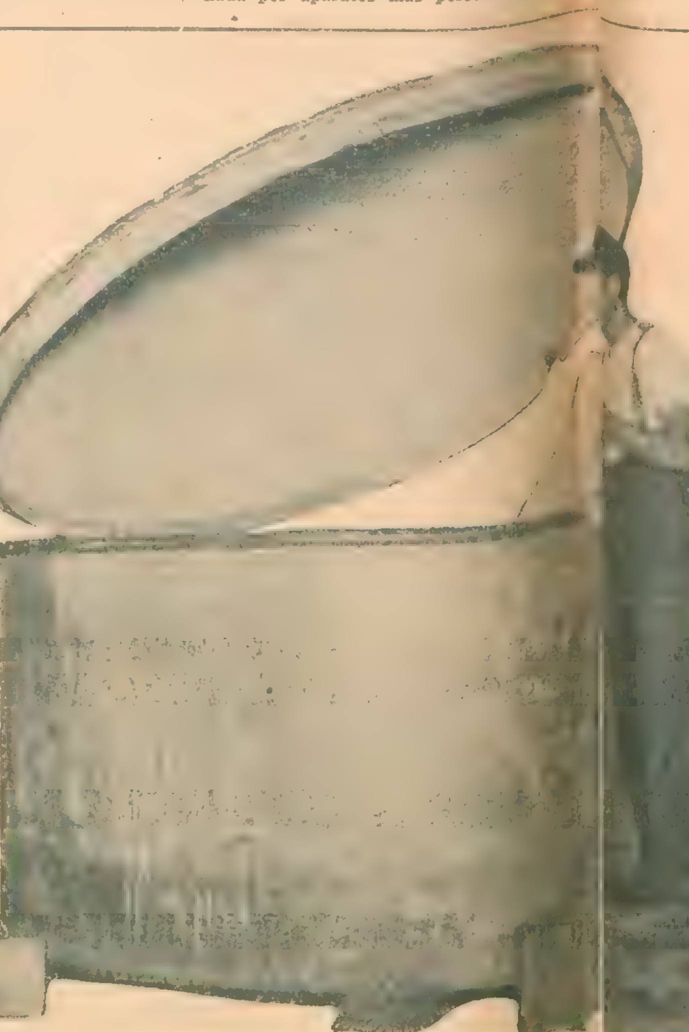
—¿Recuerda usted cuándo se instaló el primer lavadero mecánico?



Máquina de lavar que sustituyó a los dos primeros modelos usad[os] en esta operación. Fué instalada en 1891 y actuó durante 25 años, siendo [a su] vez eliminada por aparatos más perfeccionados.



Máquinas centrífugas donde, por medio de un movimiento giratorio del depósito interno, queda la ropa perfectamente escurrida, sin necesidad de torsión.



Caldera en l[a] [cua]l se deposita la ropa que debe ser so[meti]da a la acción del agua hirviente.

—Perfectamente; fué en el año 1864, y se estableció en la esquina del hoy Paseo de Julio y la calle Rodríguez Peña. Le pusieron por nombre ''Pobre Diablo''.

—¿Qué sistema se empleaba?

—El más rudimentario. La máquina de lavar consistía en un cajón de madera de forma cuadrangular, y la fuerza motriz la proporcionaba un malacate accionado por una caballería. Las demás operaciones complementarias efectuábanse a mano, en tinas de madera. La ropa se secaba al sol en los primeros tiempos; pero, después, esta operación se realizaba por medio de una estufa, o sea una habitación a la cual se daba los grados de calor necesario, caldeando con leña una campana de hierro fundido, colocada en el centro de la pieza.

—¿Y el planchado?

—La operación de planchar era entonces muy imperfecta y se reducía a hacer pasar la pieza de ropa doblada por entre dos pequeños rodillos movidos a mano.



Clasificación y acondicionamiento de las piezas limpias.

¿Cuál fué la primer reforma importante que se introdujo en el procedimiento industrial?

—La de sustituir el malacate por un motor a vapor, cambiando la índole de la fuerza motriz en la máquina de lavar. A los diez años de establecido el lavadero, se instalaba una máquina centrífuga para exprimir la ropa, operación que hasta entonces se había hecho a mano; y luego se idearon unos bastidores con ruedas en los que se extendía la ropa húmeda y se empujaban al interior de la estufa, para que aquélla se secara, con lo cual se evitaba el tener que entrar dentro de la habitación caldeada a fin de colgar las prendas, como venía practicándose.

Una de las más importantes innovaciones operadas en la máquina de lavar, fué la de sustituir el depósito de forma cuadrada por otro de figura redonda, con la supresión de las puertas que aquél tenía. La ventaja de este último modelo consistía en la expulsión automática de la ropa lavada, con sólo cambiar el sentido de su movimiento rotatorio, mientras que en aquél [illegible] que extraer a mano las piezas ya limpias.

En cam[bio] [illegible] la máquina de planchar, también se dió un [illegible] hacia adelante, eliminándose el primitivo modelo [illegible] a mano y adoptándose en su lugar otro accionado [illegible], formado por un cilindro de hierro que rotaba [illegible] una cubeta de la misma longitud a la que entra[illegible] vapor, con lo cual se secaba y se planchaba al [mismo] tiempo. En 1908 fué desalojada esta máquina por [illegible] aparato similar provisto de una ancha faja de lo[illegible] que comprimía la ropa contra el cilindro, y [illegible] [mo]delos, aunque no fueron todo lo eficaces que [illegible] de desear, sin embargo, mejoraron grandemente [illegible] obtenidos con los modelos empleados anteriormente [illegible] que, al fin, llegóse en 1912 al actual tipo de má[quina] [illegible] perfecta, formada por un gran cilindro central [illegible] penetra una corriente calórica y sobre el cual [illegible] seis rodillos de más de tres metros de ancho. [illegible] máquina, donde trabajan holgadamente ocho [illegible] pueden secarse y plancharse al mismo tiempo [illegible] mil piezas de ropa, en cada día.

El año [illegible] se alcanzó asimismo un notable perfeccionamiento [e]n los aparatos para el lavado de la ropa, operación [qu]e hoy se efectúa en unos tambores cilíndricos dispuestos horizontalmente, a los cuales se imprime un movimiento de rotación en ambos sentidos. Por medio de este sistema se obtiene una rápida y perfecta limpieza, sin necesidad de someter la ropa a las frotaciones y restregamientos del trabajo manual que causa tanto desgaste. La torcedura o compresión para exprimir la ropa, también ha sido sustituída por la acción de unas máquinas centrífugas, cuyo depósito interior, girando a una velocidad de 1.400 revoluciones por minuto, dejan completamente escurridas las prendas y evitan los destrozos del primitivo sistema.

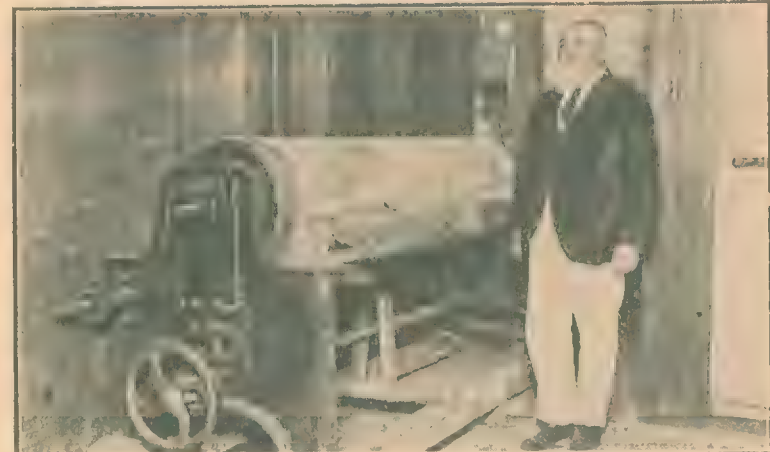
¿Qué manipulaciones sufre la ropa?

—La primera operación que se realiza, es la de mojar las piezas en agua clara, después pasan a las máquinas lavadoras, donde, al mismo tiempo, se desinfectan, se enjabonan y se lavan. Terminada esta operación, se enjuaga la ropa y se la somete al blanqueo, sumergiéndola en un baño, y a continuación vuelve a ser enjabonada y enjuagada de nuevo, para luego pasar al azulaje, desde donde se transporta a las centrífugas exprimidoras. Una vez escurrida, pasa a una máquina batidora, cuya misión es separar y extender las piezas, y de aquí es llevada, por último, a la máquina de planchar.

—¿Rinde mucha utilidad el negocio?

—Muy reducida, al extremo de que no responde al capital invertido en la industria. Cuando las negras lavaban en el río, cobraban 48 centavos oro por cada docena de ropa, y hoy se paga 72 centavos papel. De no haber sido así, el lavadero inicial ''Pobre Diablo'', actualmente ''Belgrano'', tendría un enorme capital al cabo de sus 54 años de trabajo.

PROTEO.



El señor Cipriano Laborde, un veterano de la industria, al margen del segundo tipo de máquina que se usó para el planchado de la ropa.



Las últimas manipulaciones. Operación de doblar la ropa lavada y planchada.



Los lavadoras mecánicas en cuyo interior se enjabona y se lava la ropa por la simple acción rotativa de los tambores.



Un lote de ropa lista para ser entregada a domicilio por medio de los carros repartidores.



Máquina que seca y plancha a la vez, y mediante la cual, ocho operarias realizan en un día el trabajo que, en el mismo tiempo, pudieran efectuar a mano 200 planchadoras.

El desfile escolar ante el monumento del general San Martín



Las niñas de las escuelas entonando el himno nacional al pie de la estatua del libertador, en la mañana del viernes 5 del corriente, momentos antes de que la lluvia desluciera la celebración del acto patriótico, realizado en conmemoración del centenario de la batalla de Maipú.



Columna escolar desfilando impávida frente a la catedral, bajo el torrencial aguacero que provocó el desbande de los demás contingentes.



La cabeza de la columna infantil, al iniciar su recorrido desde la plaza San Martín a la de Mayo.

Seminol: la salud de los niños y la felicidad de los padres

Dr ARAUZ ALFARO

Buenos Aires, Diciembre 18/917

El médico que suscribe, Profesor de la Facultad de Medicina y Jefe del Servicio de Niños del Hospital San Roque, certifica que ha usado con resultado muy satisfactorio en la dietética de los niños sanos y enfermos de su consultorio, la harina "Seminol" elaborada por la Cía Argentina de Productos Dietéticos, ofrecida gratuitamente por la misma.

Arauz Alfaro

DR L. BELLOC

Certifico que he empleado y lo empleo con frecuencia, la harina denominada "Seminol", habiendo obtenido muy buenos resultados, tanto en niños atacados de ciertos trastornos de la nutrición como también en la alimentación normal [illegible]

Buenos Aires, Marzo [illegible] 1918

L. Belloc

Dr Ernesto Gaing

Certifico haber usado el "Seminol" — preparado farmacéutico con 77% de hidratos de carbono, de los cuales 37% solubles, 16% de grasa y 12% de proteínas — en el Servicio Infantil que dirijo y en la clientela civil, en muy numerosos casos. Es un producto muy útil en la dietética infantil y susceptible de dar resultados muy satisfactorios.

B^s Aires, Mayo 8 de 1918.

E. Gaing



DR ENRIQUE BORDOT

JEFE DEL DISPENSARIO DE LACTANTES DEL HOSPITAL J. M. RAMOS MEJÍA

Unión Telefónica 1083, Libertad — CORRIENTES 1196

La harina para niños "Seminol" es un alimento que es de gran utilidad en la alimentación de los niños sanos y para el tratamiento de los niños enfermos.

Su perfecta elaboración y sus condiciones de alimento fresco lo recomiendan con ventaja á las demás harinas similares extranjeras.

Buenos Aires, Febrero 1° de 1918

Enrique Bordot

El alimento ideal para niños, convalecientes, personas débiles, madres y nodrizas.

De venta en todas las mejores FARMACIAS y DROGUERIAS

Preparado por la Cía. Argentina de Productos Dietéticos (bajo la dirección del profesor J. A. Dominguez), Cangallo 2769, Buenos Aires

Cereales Malteados

SEMINOL

AVICULTURA



"Molly Wellington", campeón mundial como ponedora de huevos, con record de 325 huevos en 365 días; ganó la copa de la Asociación para la cría de aves de corral, de Nueva York.

Mi copa (Del libro "El milagro de la fuente")



Sr. Félix B. Visillac

Tengo una copa de cristal, señora,
que ostenta blancos lirios noche y día,
hecha tan sólo fué para ambrosía
y es cual tu risa, límpida y sonora.

Si bebo en ella, mi ventura fragua,
si dispersa algún líquido, me agrada,
y se asemeja a lírica cascada
derramándose en pétalos de agua.

Amo mi hermosa copa con exceso,
como tu boca es ánfora del beso;
transparente cual tu alma virginal;

yo la imagino desbordando perlas
si tus labios ansiosos por beberlas
se posan en sus bordes de cristal.

El pájaro ciego

¡Oh! no sé desde cuándo me asalta esa locura
de hacer versos, ignoro por qué a ella me entrego,
yo pienso que en el alma llevo un pájaro ciego
que siempre está cantando mi infinita amargura.

Todo me inspira; el cielo, la luna que fulgura,
la campiña proficua, la simiente, el labriego;
las anémonas mustias, si por los parques brego,
y en los azules lagos de cisnes la blancura.

Ignoro desde cuándo voy siguiendo mi senda
solitaria, olvidada, sin que nadie comprenda
esta excelsa locura que me hace soñar

y me arroja en los brazos de la Diosa Quimera;
en el fondo de mi alma que hay una primavera,
¡cuando el pájaro ciego dejará de cantar!

Félix B. VISILLAC.

CÓMO CAMBIAN LAS COSTUMBRES



Hace 30 años. — Ahora.



A los suscriptores de "FRAY MOCHO"

Ya se hallan terminadas las tapas para la encuadernación de los ejemplares del nuevo formato de «FRAY MOCHO», en tomos de un cuatrimestre cada uno, exceptuando el primer volumen, que comprenderá desde el número 273 al 296, inclusives, o sea desde la iniciación del nuevo formato, hasta fin de 1917.

Esta Administración se encarga del mencionado trabajo, a los precios siguientes:

Encuadernación en tela. . .	$ 3.—	cada tomo
» » cuero. .	» 7.—	» »
Tapas sueltas en tela	» 1.50	cada una
» » cuero . . .	» 5.50	» »

FLETE POR CUENTA DEL COLECCIONISTA

Tres noches entre espíritus

(Del natural.)

"Hace pocos días, a la hora en que cantó la primera vez el gallo evangélico, un joven "snob" me sorprendió en mis habituales tareas de escritor público.

—Amigo,—me dijo con aire triunfal, palmeándome el hombro suavemente;—traigo una primicia para su diario; pero lo que se llama una verdadera primicia.

—No puede ser,—repliqué yo con una incredulidad nerviosa;—no es posible que el decreto sobre la ansiada solución del conflicto de poderes, se haya firmado esta tarde.

—Usted vive soñando con los prosaicos decretos y las aburridoras ordenanzas. Se trata de algo sublime, divino: de una obsesa que lleva tres noches padeciendo persecuciones de dos espíritus, a los que es deudora de ocho rosarios y no sé cuántas oraciones más. Pero aquello es algo maravilloso, digno de ser tratado por su excelente pluma. Los misteriosos personajes han quedado en volver esta noche. Vamos; tengo especial interés en que palpe la realidad de lo sobrenatural, de lo suprasensible. Es cerca, relativamente cerca: en el centro del "Barrio del Suspiro". El automóvil nos está esperando, y llegaremos en breves minutos.

El regente, más satisfecho que el repórter oficioso, me comunica que el diario está "bandeao".

Por si acaso,—me dice el importuno visitante sacando de su bolsillo un perfumado papel de color de rosa, —aquí le traigo un soneto para que matice la crónica social. Necesito que "salga" mañana. Es un compromiso con Adelita y...

—Adelita "está triste",

Adelita "está pálida"...—murmuré yo con visibles muestras de impaciencia.

Gracias a Adelita, mi "cicerone" en la próxima aventura, quedó complacido.

Subimos al "auto" y en un santiamén nos internamos por un camino de dos huellas que otros coches habían hecho, en aquel inmenso matorral poblado de ranchos. Yo iba ensimismado, pronto el lápiz y el papel, pensando en las preguntas con que proyectaba comenzar el reportaje a ambos espíritus, cuando un olor pestilente ofreció al viejo Panurgo la oportunidad de echar mano a su pañuelo de sedosa tela blanca, recientemente rociado con esencia de violetas, y de ofrecerme unas pastillas de sen-sen. Los faros del automóvil eran nuestros guías en aquella dilatada obscuridad que hasta entonces permanecía virgen, pues no había recibido esa noche el beso de los níveos rayos lunares, —según la expresión del sonetista que tenía a mi lado.

Aúllos desapacibles de canes, que de pronto se convirtieron en desesperantes ladridos; llantos lastimosos de tiernas criaturas; molesto chirriar de puertas que se entreabrían cautelosamente, poniendo en descubierto la silueta de gentes que atisbaban envueltas en larguísimas túnicas, flotando al viento sus erectas greñas, y los monótonos y desacordes trompetazos de la bocina que llevaba nuestro vehículo, me dieron la impresión de que estábamos en pleno suburbio, en un arrabal sin encanto alguno para el extraño, ni siquiera en la primera excursión que por él pudiera hacerse a altas horas de la noche.

El "poeta" ordena al "chauffeur" que doble a la izquierda.

Dos minutos más, y nos apeamos frente a un tugurio cuadricular, formado por unas cuantas tablas y una cubierta de cinc.

Penetramos; era una humilde vivienda tan obscura como un cuarto electoral sin claraboya. Sobre una mugrienta rinconera, lucía un grande velón a base de aceite y una mecha de algodón ennegrecido. Frente a la entrada, pegando a la pared, destacábase un mísero lecho, en el que una morocha de formas tentadoras se agitaba produciendo horribles contorsiones bajo el auxilio de San Expedito, Santa Liberata y media docena de santos más—cuyas estampas exornaban la cabecera de la cama—de nombres tan extravagantes que solamente los asiduos lectores del calendario romano podrían retenerlos en la memoria.

Las paredes vestían el riguroso luto de los deshollinadores.

Trece "relaciones" de la paciente rodeaban el "tálamo" que servía de mesa, al mismo tiempo, colocando un tablón sobre sus pies. Los tertulios, a falta de otro lugar más apropiado para reunirse, estaban allí distrayendo a la enferma con un constante barajar de sebosos naipes, con los bostezos de los indiferentes, con las necias y repetidas preguntas de los interesados en conocer, hasta en sus más mínimos detalles, la vida que las almas hacen después de que se separan del cuerpo. Ninguno de los presentes, excepto la "agraciada", había tenido el alto honor de departir con los espíritus. Todos, incluso mi amigo y yo, nos habíamos congregado en torno de aquella pobre mujer, con objeto de presenciar la escena macabra que se anunciaba.

Llegábamos a tiempo. Los noctámbulos personajes de ultratumba aun no habían hecho su visita a la hermosa doliente.

Mi compañero, relacionado ya con aquel elemento, me presentó como un superhombre

—Maruja—dijo luego a la enferma, —el señor es periodista, y desea imponerse de lo que a usted la ocurre con esas almas en pena. Relátele todo; hasta los antecedentes que son tan interesantes como la forma en que a usted se la tortura sin compasión.

La aludida prorrumpió en compungidos gimoteos.

—El mal se lo trujo "la agorera santiagueña" que tiene tratos con mandinga—repuso un comedido de rostro mefistofélico, mientras se acariciaba la puntiaguda "chiva" y enderezaba su cuerpo, disimulando la monstruosa "pancra" que llevaba sobre sus espaldas;—yo la dije que no recibiese nunca a esa vieja que es el retrato de la mismísima muerte: larga, flaca, vestida de negro, con unas ropas tan angostas que parece que anduviera alardeando de su repugnante osamenta.

—Todos los vecinos la hemos dicho lo mismo, porque conocemos a esa bruja,—agregó una hembra ya entrada en años, con cierto aire de distinción.—Y vea usted: desde que se dejó llevar por sus consejos, todo la sale mal: ha perdido tres ocupaciones: la fracasaron dos contratas que tenía en perspectiva; no pudo comer ni dormir; la abandonaron sus amigas y ha quedado reducida a esa escualidez en que usted la contempla ahora. Está en plena barranca abajo por el flúido magnético de la agorera; y aquí, en su casa, ya ve usted que no se respira más que el ambiente de la muerte.

—Y el viernes por la noche—interrumpió una donosa criolla de ojos carantoñeros—se oyó en todo el barrio un ruido tan triste y quejumbroso...

—Como ruido de espíritus—dijo con énfasis uno de los más rezagados.

—"El ruido con que ruge la ronca tempestad"—añadió el, para mí, siempre inoportuno "poeta".

—Sí, sí; es cierto—habló por primera vez la paciente, sin dejar de quejarse.—Todos los vecinos lo oyeron.

—Y ahí no más entraron los espíritus, ¿no?—preguntó un meticuloso, abriendo los ojos enormemente.

La obsesa afirmó con un ligero movimiento de cabeza. Luego dijo:

—No me dejan en paz. Son dos sombras negras igualitas a mi tía Lola y a mi tata Felipe. Nada más que apagué la luz, se me aparecieron aquella noche. Tenían cara de enojados, de horriblemente enojados, y me miraban con unos ojos que me hacían temblar. Yo lo merezco, porque mis padres, aunque pobres, me educaron como a la gente. Cuando murieron, les prometí ser siempre buena, y después... todos saben aquí la vida que he llevado en esos salones de canto y baile de la ciudad. Es un castigo lo que me hacen.

—Hasta la han cortao el cabello, ¿no es cierto, Maruja?—interrogó otro que ya estaba viendo a los espíritus como enclavados en la pared.

—Sí—contestó aquélla sacando de entre los almohadones unas trenzas de sedoso pelo, artísticamente preparadas.—Me han insultado malamente; me han apaleado; me han hecho recorrer la pieza de rodillas, con los brazos en cruz, y me han revuelto todo cuanto tengo. Luego, cuando estaba cansada, me hicieron rezar con ellos y me dieron una bebida amarga y repugnante como la quinina. Mi tía agarró después las tijeras, me cortó el cabello y lo trenzó así, encargándome que se lo ofrende a la Virgen en señal de arrepentimiento, mientras el otro espíritu me decía que, por mis culpas, estaban penando, y que todo lo que me pasa ahora, que esta miseria en que me veo, es una penitencia por mis pecados. No dejaron de atormentarme hasta que comenzó a amanecer. Y lo mismo hicieron conmigo el sábado por la noche y el domingo. Llevo ya tres noches insufribles; tres noches tan horrorosas como usted no se las puede imaginar.

—¿Y hoy volverán?—preguntó el "snob" con vivo interés.

—Sí; creo que sí—contestó Maruja. Estamos rezando juntos una novena. Han de venir hasta que la terminemos. No se vayan, ¡por Dios!, porque tan pronto como quedo sola...

La puerta se abrió con violencia; un fuerte golpe de aire apagó el velón; se oyó unos pasos estrepitosos; una voz aguardentosa llamó a Maruja, y un solo grito de los allí reunidos respondió trémulamente: "¡Los espíritus! ¡Aquí están los espíritus!", que todos creyeron tener entre las manos al precipitarse en tropel sobre la estrecha y, en tales momentos, fugitiva entrada.

Aquella escena de pavor epilogó con una burlesca carcajada del intruso, quien encendió un fósforo y lo aplicó a la mecha del velón, ahuyentando a los trashumantes espíritus, que escaparon vertiginosamente, en las tinieblas de la noche.

Hubo un momento de confusión. Los rostros de los tertulios se habían tornado cadavéricos. Las lenguas habían enmudecido. Hasta la respiración era pausada, sumamente lenta, como si recelasen absorber algún alma del otro mundo entre el aire viciado que aspiraban.

Mi compañero y yo reconocimos de inmediato a la nueva "visita". Era una persona de pequeña estatura, extremadamente gruesa, semicalva y de aspecto malevolente; un empresario fallido de "cabaret" de provincias de "boulevard" afuera,—que tuvo ventajosamente contratada a Maruja durante dos años, y después quebró bien y en el momento oportuno.

Alejandro—así se llamaba aquel personaje—saludó a la enferma con irónica afectuosidad. Enterado aquella misma noche de lo que la ocurría, se apresuró a visitarla. Ambos departieron largamente, terminando por firmar un nuevo contrato, en cuya virtud Maruja haría su "rentrée" en el salón de baile que se abriría al mes de la fecha que presentaba el documento.

—Y a cuidarse mucho—dijo el "empresario" a la gentil obsesa mientras se despedía de ella y la hacía un pequeño anticipo.—Buenos churrascos y mejor "morao", que son las únicas armas para combatir a los espíritus.

Alejandro se fué tan bruscamente como llegó.

El joven "snob" comenzaba a aburrirse. Y ante lo avanzado de la hora y convencidos de que las almas no se dignarían aparecer en nuestra presencia, resolvimos volver a la ciudad, pensando en la triste situación de la desolada Maruja.

Transcurrieron dos semanas comentándose el "caso" en todos los corrillos de la urbe silenciosa e indiferente.

Un día las esquinas y aceras amanecieron empapeladas con grandes carteles anunciadores de la reapertura del "Casino La Morocha", en el mil y tantos del "boulevard" Reconquista.

Panurgo y yo esperábamos impacientes su inauguración. Llegó al fin y asistimos a ella para hablar largo y tendido con Maruja, deseosos de conocer el desenlace de la historia de los espíritus.

Al entrar en el salón, nuestra mirada chocó de pronto con la suya, en circunstancias que lucía sus atractivos criollos danzando una alegre chacarera.

Fácil nos resultó conseguir nuestro propósito; la sentamos a nuestra mesa y admiramos sus beldades... Maruja estaba desconocida. Y al preguntarla si había terminado la novena que comenzó con los misteriosos personajes de ultratumba, nos contestó, lanzando una sonora carcajada:

—Sólo he pasado en mi vida tres noches entre espíritus. Me parece que no volverán más.

Alejandro, el odioso empresario, se acercó a nosotros y, con un respeto digno de su "profesión", después de ponderar las instalaciones de su nuevo "cabaret", nos dijo con su habitual petulancia:

—¿Han visto ustedes? Gracias a mí, Maruja se encuentra a estas horas sana y salva y libre de las persecuciones de los espíritus.

Eduardo Alonso CRESPO.

Tucumán, marzo de 1918.

LA OFENSIVA



Productivas conquistas alemanas.

Música celestial

Va de cuento. Camilo Musiquete
Idolatra las notas con locura;
En donde suena música él se mete,
Y distancias recorre sin pavura
Cuando anhela escuchar de un clarinete
Una rítmica y dulce partitura;
Y camina y va en busca de sonidos
Que recreen sus ávidos oídos.

Hasta muerto mostró perseverancia
Por la música el réprobo Camilo.
De San Pedro burló la vigilancia
Y en el cielo metióse con sigilo.
Y queriendo el blasfemo, en su arrogancia,
Disfrutar de ventura en ese asilo.
No llevóle el apunte al gran Portero
Que lo quiso expulsar más que ligero.

Pero el Santo sabiendo de qué pierna
Cojeaba el intruso, se dió maña
Para hacerlo salir, pues con voz tierna
Impartió una orden algo extraña
En los Anales de la Casa Eterna:
Sin que el zonzo notara la artimaña
Ordenó de la orquesta al profesor
Que en el atrio tocase "El Trovador".

Y Camilo, que amante era del arte,
Lo siguió para oir la melodía:
Sin notar, el incauto, que hasta Marte
Con un gesto burlón se sonreía...
—¡Fuí un ingenuo!—Camilo dijo aparte,
Cuando al fin comprendió la picardía
De San Pedro, que en pago a sus deslices
Le pegó con la puerta en las narices.

Antonio FONTANELLA.

Chascarrillos

Un pobre miserable recorre la calle gritando:

—¡Yo no quiero caldo! ¡Yo no quiero caldo!

—¿Por qué dice usted eso?—le preguntan.

—Porque estoy muerto de hambre, y como dicen que "al que no quiere caldo se le dan tres tazas", estoy aguardando que me lo den.

—¿Qué te dará tu padre cuando nos casemos?

—Un cheque.

—Entonces nos casaremos por la mañana.

—¿Por qué?

—Porque los bancos cierran a las tres.

Para las dueñas de casa

SACARINA Y AZÚCAR

La sacarina no es un sustituto del azúcar a no ser como materia edulcarante. El azúcar es uno de los alimentos más valiosos; en cambio, la sacarina carece en absoluto de valor alimenticio. El azúcar, de remolacha o de caña, es completamente digerido y no deja residuo. En los órganos digestivos se transforma en dos clases de azúcar (glucosa y levulosa), y éstas son acumuladas en el hígado en forma de glicógeno. La sangre se nutre de esa reserva de azúcar y la lleva a los músculos que la consumen.

Como fuente de energía podemos sustituir el azúcar con el almidón comiendo habas, porotos, arvejas, pan, fideos, etc., alimentos que proporcionan, además, las indispensables proteínas y la celulosa. Esta última no tiene valor como alimento, pero es necesaria por sus efectos mecánicos en los intestinos.

La glucosa tiene el mismo valor alimenticio que el azúcar de caña o remolacha, pero es menos dulce en un 50 %. Una de las maneras de obtenerla consiste en tratar harina con ácido sulfúrico diluído.

La "dulcina" o "dulcita" es 200 veces más dulce que el azúcar. Es un producto químico, sin valor como alimento, que se extrae de la urea y la fenetidina.

La sacarina es 500 veces más dulce que el azúcar. Fué descubierta en 1879 y resulta de un complicado proceso químico del "tolueno", producto del alquitrán de hulla. La sacarina pura es insoluble en el agua, pero mezclada con un álcali forma sales solubles. Hasta 1914 se la fabricaba sólo en Alemania, pero últimamente ha sido obtenida en diversos países.

La sacarina no es absorbida por la sangre. Por esta razón se la recomienda a los diabéticos en lugar de azúcar. Se dice que causa perturbaciones digestivas. Este punto es todavía discutido en los círculos científicos. En Francia la ley prohibe dar sacarina a los niños, los ancianos y los enfermos, sin prescripción médica.

PARA HACER PAPEL TRANSPARENTE

Según sea el espesor del papel que se quiera hacer diáfano, se disuelve una parte, en volumen, de aceite de ricino en 2-3 partes de alcohol, se impregna el papel y se le deja suspendido por un ángulo. El alcohol se evapora rápidamente y el aceite no tardará en secarse. El papel queda tanto más transparente cuanto menos espesa sea su pasta. Sumergiéndolo en alcohol se le puede devolver su aspecto primitivo, después de haber, por ejemplo, calcado un dibujo.

Otro procedimiento consiste en disolver un gramo de cera blanca en medio vaso de esencia de trementina; se unta el papel por ambas caras con el líquido obtenido, valiéndose para ello de un cepillo fino; se suspende el papel por un ángulo y se deja secar. Algunos días más tarde se podrá usar perfectamente el papel así preparado para calcar dibujo. Se puede hacer temporalmente transparente un papel, mojándole con bencina por medio de una esponja o una muñeca de algodón, después de haberlo extendido sobre el dibujo a reproducir; este dibujo no sufre nada absolutamente con la operación. Al poco rato de producida esta operación no quedan trazas siquiera de bencina y el papel recobra su aspecto normal. Naturalmente que no se moja con bencina más que las regiones que tengan dibujos y aun no todo a la vez, pues la bencina se evaporaría antes de haber terminado.



Blanche M. Oelrichs, conocida poetisa norteamericana que inspira su actividad a un comité patriótico formado para erigir un monumento a Francia en Senlis, punto en que retrocedieron los alemanes en su avance hacia París.

TOMATES EN SALMUERA

Se colocan los tomates enteros, con su pedúnculo, en un recipiente, cubiertos de salmuera (300 gramos de sal por litro de agua). La salmuera será hervida antes, para expulsar el aire disuelto en el agua. Una vez enfriada por completo la salmuera, se echa sobre los tomates que deben quedar sumergidos. El recipiente se tendrá bien cerrado.

COMO SE RECONOCE LOS TEJIDOS

Para reconocer si un tejido contiene algodón, se lava un retazo con agua hirviente y se deja secar. Después se sumerge en ácido sulfúrico; según el espesor de la tela se le deja de medio a dos minutos; por fin se echa en agua que diluye todo algodón en materia gomosa. Los tejidos de lanas y otras substancias animales se coloran en amarillo. Las fibras de lino se disuelven parcialmente y las de algodón por completo.

Para reconocer si un tejido de seda contiene algodón, se aproxima un retazo a la llama de una bujía. Si es seda pura, forma un aglomerado de materia carbonosa, pero sin dar llama. Si por el contrario produce llama, contiene algodón.

Seda, lana, algodón: Se sumerge un trozo de la tela en cloruro de cinc a 50°; la seda se disolverá completamente, y si queda un residuo, será de lana o algodón. Se sumerge entonces el retazo en una solución acuosa de sosa o potasa cáustica al 10 %. La lana será disuelta por completo y sólo quedará el algodón.

Para distinguir el lino del algodón basta observar que rompiendo (después de torcerlo) un hilo de algodón, se encontrará poca resistencia y un cabo de la rotura presentará filamentos curvos y retorcidos; por el contrario la rotura de un hilo de lino será más limpia y menos fácil. Para distinguir la tela de algodón de la de lino se moja un dedo de agua y se la apoya contra la tela; si ésta es de lino se mojará instantáneamente mientras que si es de algodón empleará próximamente un minuto para atravesar la cara opuesta.

Existe otro medio muy sencillo para conocer si la tela contiene algodón. No hay más que tomar un recorte de esta tela y bañarla con aceite de oliva; escurrir el exceso de aceite comprimiendo el retazo entre dos hojas de papel secante y luego mirar al trasluz por dicho retazo; los hilos de lino quedan translúcidos y los de algodón opacos.



"La bailarina y las gacelas", notable escultura de Paul Manship, que acaba de ser premiada en el Salón de invierno de la academia nacional de los Estados Unidos.

EL TÉ

Para reconocer el té legítimo póngase un poco de té en un vaso, después viértase agua fría encima y agítese el vaso. El té verdadero apenas colora el agua, mientras que el adulterado y teñido dará en seguida una infusión coloreada. Por medio de la ebullición se hará todavía más marcada la diferencia. El té adulterado después de la ebullición tendrá un color más fuerte, mientras que el legítimo tendrá una entonación clara pero ligeramente turbia, lo cual depende del tanino, del que está privado el té adulterado.

La forma de la hoja permite distinguir el té verdadero de las plantas que lo imitan más o menos groseramente. Para conservar bien el té, es necesario tenerlo en recipientes de metal o de porcelana, perfectamente tapados. La luz lo altera. Se apodera con facilidad de los olores extraños por lo cual es necesario tenerlo alejado del queso, pimienta, etc. Es bueno conservar el té siempre en el mismo recipiente. El té no adquiere la plenitud de su aroma hasta después de un año de su recolección, pero luego la pierde.

Los tés verde y negro no proceden de plantas diferentes, sino del modo con que se ha aplicado la desecación de la hoja, que en el primer caso se ha hecho al sol y en el segundo amontonando las hojas no secas todavía, de manera que fermenten, con lo cual adquieren un tono negruzco y mayor aroma.

CUIDADO DE LOS TIESTOS DE FLORES

A los tiestos de flores que tanto adornan los balcones, hay que dedicarles todos los días un poco de atención.

No basta tenerlos al sol y evitar que las heladas los marchiten; hay que regarlos cuidadosamente y sin dejar de hacerlo un solo día.

Y no basta el agua para el riego; conviene también añadirle algunas substancias químicas que nutran y fortifiquen las plantas.

Diluyendo en un litro de agua 25 gotas de una solución compuesta de 4 gramos de fosfato de sosa, 3 de nitrato sódico, 2 gramos de cloruro de amoníaco y 80 gramos de agua, se obtiene un excelente líquido para el riego.

A los tiestos de rosas, conviene echarle dos veces por semana, en primavera, un poco de agua de jabón del que se emplea para lavar la ropa.

CONTRA LAS ORUGAS

Para preservar los árboles de las orugas, sujétase a la parte superior del tronco un mangote grueso de tierra. No sólo se impedirá así que suban las orugas, sino que se logrará que caigan a los pocos días las que estén en las ramas elevadas.

Calvario

(Cuento)

I

Pequeñuela, enfermiza, con unos ojos grandes y grises, de mirar melancólico, era Loreto, en aquella casa, como una sombra, como un ánima del otro mundo. Silenciosa y lenta recorría todas las habitaciones, ocupada en las interminables tareas del hogar. Sólo tenía doce años y ya parecía una vieja. Ella entraba en las alcobas, en la cocina, en los gabinetes suntuosos, en el cuarto de baño de su madrastra—siempre oliente a perfumes exóticos y costosos,—en el despacho de su padre—de porte austero, con su gran mesa de ministro y su biblioteca, donde los libros semejaban soldados puestos en columna real.—Y en todas partes ponía la casa en orden.

También bajaba al jardín y en él los gallos y las gallinas la saludaban cordiales, o bien subía a la azotea, donde las palomas, como si conocieran ya el desamparo de la pobre niña, se posaban sobre sus hombros, acariciándola con sus piquitos en los labios y en las orejas. Pero nunca penetró en la sala, que tenía para Loreto un ambiente de soberbia, causa de su respetuoso temor. Allí estaba la mujer de su padre en compañía de sus aristócratas amistades—unos señores y señoras muy tiesos y ceremoniosos,—y allí también sus hermanas, mejor dicho, las dos hijas de su madrastra doña Aurora, muy bellas, muy orgullosas y presumidas, que veían en Loreto no la amiga, la compañera de los juegos infantiles, sino una esclava, una sirvienta.

Vestía la huérfana un trajecillo informe de estameña color de avellana, con una correílla en la cintura. Era un hábito oliente a tela marchita, como los que visten las imágenes de los santuarios lugareños. Una vez estuvo enferma y hubo que cortar su rubia y abundante cabellera, que más tarde quedó convertida en una melenita rizada y corta. Durante su dolencia prometió a la Virgen llevar un ropón burdo, y consecuente con su voto, apenas estuvo ya fuera de peligro, vistió aquel hábito penitente. De esta guisa, con su hábito escurrido y recto, su delgadez extremada y su melena corta, parecía un fraile de la época medioeval. ¡Cómo presentarse así ante las gentes linajudas que acudían al té de la tarde, invitadas por su madrastra!...

Loreto era hija de don Manuel Robles (un hombre como de unos cincuenta años, muy metido en sí, bastante egoísta, que sólo se ocupaba en acrecentar su fortuna) y de una señorita provinciana que ya había muerto. Don Manuel Robles casó por primera vez e hizo un matrimonio de conveniencia, sólo por tener una mártir que soportase sus agrios enojos y que le llevase en arras una fortuna decente. Los amigos, al saberlo, le felicitaron. Doña Inés amaba a su esposo tiernamente; don Manuel correspondía a este amor con un afecto frío y ceremonioso. A los dos años de matrimonio tuvieron una hija. Don Manuel estaba inquieto. Si aquella mujer daba en la gracia de parirle todos los años una cría, adiós su cálculo y sus planes económicos.

Para su bien, no fué así, porque doña Inés quedó muy delicada. La niña, aunque muy débil, siguió creciendo; bautizáronla con el nombre de Loreto, y a los pocos años fué una encantadora compañera de su madre, que vivía olvidada por el esposo calculador. Pasaron varios años y cuando Loreto sólo contaba seis, su madre cerró los ojos una tarde perfumada de abril en que los árboles comenzaban a florecer; doña Inés murió corroída por la tristeza y la tuberculosis. Loreto, al ver a su madre en el lecho mortuorio, lloró como lloran los niños ante los muertos: sin saber por qué.

La huérfana quedó al cuidado de doña Clara, una vieja amiga de su madre, y don Manuel siguió como siempre en su notaría, entre libros y legajos, acrecentando su fortuna, que llegó a ser colosal. Hasta que una tarde, a los dos años de acaecida la muerte de doña Inés, entró en el confortable despacho del notario la señora viuda de Molina, mujer de hermosura esplendorosa, de carácter férreo y muy pagada de su belleza. Quedó don Manuel prendado de las gracias de la sirena y cogido cual pez en la nasa, y como quiera que su trato con la hermosa fué constante a causa del estudio de una complicada testamentaría, producto del trabajo del difunto señor Molina, poseído el notario de una pasión ardorosa, pidió con insistencia su mano a la divina viuda. Era ésta una mujer acostumbrada a esclavizar hombres y, como toda coqueta, amiga del regalo de su cuerpo y de lujos suntuosos; por lo que, sabedora de que el notario tenía bien repletas sus arcas, no echó en saco roto la proposición.

Al principio presentó algunos escrúpulos de conciencia, tales como el recuerdo de su "bienaventurado" esposo, el amor a sus hijas y otras varias consideraciones. Todos estos obstáculos sirvieron para acrecentar la pasión del "galán". Más tarde, aceptó la "añeja" mano del viudo, que, loco de contento, hizo los preparativos de boda.

II

Un día entró don Manuel en el cuarto de su hija, que estaba repasando ropa en compañía de la vieja doña Clara, y dijo a Loreto: — Papá se casa dentro de unos días. Vas a tener otra madre, a la que debes prestar acatamiento... Tendrás con doña Clara el cuidado de la casa, pues han de venir tapiceros y mueblistas. Tu futura madre se llama Aurora. La nombrarás mamá Aurora, porque pudiera ofenderse. Aurora tiene dos hijas: una más pequeña que tú, Julita; otra de unos quince años, Encarnación, y has de mirarlas como si hermanas tuyas fueran.

Doña Clara, la anciana amiga de la difunta, se indignó al saber la noticia, llamó a don Manuel "viejo petate" y le dijo cosas muy agrias, que era doña Clara castellana neta y gustaba siempre de llamar al pan, pan, y al vino, vino.

Furioso don Manuel, echó a la vieja con cajas destempladas y Loreto quedó sola con sus recuerdos y su melancolía.

Vinieron mueblistas y tapiceros y cambió por completo el aspecto grave de la casa. Sólo la alcoba de la huérfana conservó su gesto amable de vieja amiga, semejante al de la anciana doña Clara, aquella fiel compañera de la madre de Loreto.

Allí la niña procuró reunir los muebles más íntimos, los recuerdos de su madre formando un conjunto abigarrado que daba al cuartito la apariencia de un museo de familia. Y, sobre todo, lo que conservaba con más empeño era un polichinela grande, que movía los brazos y la cabeza, y un retrato de su madre, que tenía un halo de severidad y de tristeza semejante al de los viejos cuadros del Greco. Muchas veces la niña sintióse conturbada ante aquella imagen, de la que parecía desprenderse un resplandor milagroso, algo así como emanaciones de una vida supraterrena. Durante las largas noches de invierno, en su soledad, Loreto quedábase abismada en la contemplación del cuadro, y se dió el caso de que así la sorprendiera la luz del alba y el canto teúrgico del gallo. Y entonces Loreto, al despedirse con un beso tenue de la amada pintura, creía ver una sonrisa en los labios maternales. Allí, en su cuarto, en aquella atmósfera de simplicidad, de honradez, calmaba sus quebrantos y se hacía fuerte contra la crueldad del destino que destrozaba su corazón. De este modo la pobre niña guardó siempre de su madre una memoria confusa y amable, y a ella se aferraba en sus soledades por ser su única consolación.

Por fin, vino a la casa la soberbia doña Aurora, que besó a la niña fría y cortésmente. Encarnación miró a Loreto con desprecio, y al ver su traje de paño burdo, sus melenas cortadas, su cara cérea y su aire tristón, se echó a reir y dijo en voz queda a su madre:—¡Qué fea!, ¡Parece un monaguillo!

Loreto oyó la burla y tuvo que contener el llanto que pugnaba por asomar a sus ojos. En esto, la pequeña Julita, al ver el polichinela, se le antojó, y como no quisieran dárselo, rompió a llorar, pataleando furiosa.

—¡Dáselo!—ordenó el padre a Loreto.

La niña entregó el juguete a la caprichosa. Luego supo darse maña para quitárselo y esconderlo. El muñeco no se encontraba por ningún lado. Esto costó a Loreto un severo castigo.

El día de la segunda boda de don Manuel fué sonado... Hubo sarao, banquete, baile y alegría. Julita se atracó de dulces y estuvo mala. Encarnación hizo su primera conquista, cogiendo en las redes de su coquetería a Daniel, un joven muy guapo, inteligente y galán. Loreto pasó la tarde en su alcoba, llorando ante el retrato de su madre, que parecía mirarla dolorida.

III

Aurora, o doña Aurora, aborrecía a la pobre Loreto, recuerdo constante de la "difunta" y nota triste de aquel hogar. Don Manuel, entregado por completo al amor y sujeto por los encantos de su segunda mujer, apenas si se cuidaba de la pobre niña.

—Es muy rústica esa muchacha—decía la señora.

—¡Es tonta, mamá!—opinaba Encarnación.

—Mamita, dile que busque en seguida el polichinela y me lo devuelva—clamaba Julita con obstinación.

El padre se desesperaba, creyendo que Loreto era indómita, arisca, envidiosa...; ¡tan ciego le traía el amor de Aurora!

De vez en cuando la pobre Loreto tenía unas horas de regocijo: algunos domingos por la tarde, cuando todos salían de paseo, se quedaba sola. Entonces la buena doña Clara, la anciana amiga, entraba sigilosa en su habitación por la puerta de la servidumbre y besaba llorando a la niña.

Luego se complacía en renovar en el corazón de Loreto el ferviente culto por la difunta doña Inés.

—Tu madre era una santa. Tu padre es un hombre sin voluntad. Eres aquí menos que una sirvienta. A ti no te quiere nadie más que yo.

Y otras cosas de este jaez decía la vieja. Luego se marchaba, después de muchos besos y llantos y con su eterno:—¡Quién te ha visto y quién te ve, pobre hija mía!...

Pasaron varios años. Encarnación era ya una mocita, Loreto tenía diez y seis abriles: esa edad en que el amor habla a las mujeres con acento encantador y misterioso.

Loreto, inteligente y espiritual, escribía las cartas de Encarnación para su novio, y éste, un muchacho muy culto y bueno, contestaba con otras sentidas, de las que se desprendía el perfume de un amor profundo y sincero. Y así, entre aquellos dos espíritus—el de Loreto y el del joven Daniel,—se estableció una misteriosa telepatía, una dulce comunión de ideas y sentimientos.

Y sucedió que la huérfana, entregada por completo a la dulce tarea de contestar a las cartas del enamorado, llegó a mirarle como cosa suya; a quererle con una pasión honda y callada. Y por la noche, al acostarse, el recuerdo de su madre y la imagen del joven, como un pensamiento secreto y tímido, asaltaban su mente.

—¿Qué le diré mañana?...—musitaba pensando en Daniel. Y luego, al recordar a su madre:—Padre nuestro, que estás en los cielos...—Y se dormía como en brazos de los ángeles.

Muchas veces, por las noches, tenía Loreto que salir a entregar las cartas al novio de Encarnación. Y esto lo hacía en noches heladas de invierno, sin cubrirse de ningún abrigo para que no se notara su ausencia, y, desde entonces, un catarro traicionero se aferró a su pecho. Tosía muy a menudo, con una tos seca e insistente.

Un día, Daniel, al verla tan desabrigada y tiritando de frío, exclamó:—¡Qué buena es usted!,—y la besó en una mano.

Estremecióse toda y una dulce angustia nubló sus ojos. Daniel tuvo que sostenerla para que no se cayese.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó él.

—¡Nada: un vahido!—respondió ella.

A la noche soñó que Daniel le besaba muchas veces las manos y que por cada beso florecía una rosa.

El novio, por fin, entró en la casa. Loreto atisbaba las escenas de amor que luego se desarrollaron. Una tarde oyó que Daniel decía a Encarnación:

—Creo que no podré querer a ninguna mujer como a ti. En tus cartas has puesto de relieve tu alma y pienso que no hay otra como la tuya.

Loreto cayó desvanecida y presa de una íntima sensación de felicidad. Tuvo mucha fiebre y su tos se hizo más intensa.

Pasó el tiempo, y al fin llegó el día de la boda de Encarnación. Loreto estaba enferma en cama y no podía levantarse... Los novios no quisieron aguardar más y se casaron. Loreto no pudo asistir a la ceremonia, pero vió pasar a la novia camino de la iglesia. ¡Qué hermosa estaba!

Al llegar la noche, Loreto se apostó detrás de los cristales de sus ventanas. Al través de ellos contempló el baile de bodas y vió cómo Daniel y Encarnación pasaban ante sus ojos, dichosos y enamorados. Y para verlos mejor, como si gozara atormentándose, abrió la ventana y el relente de aquella noche fría se le metió en el pecho como la hoja buída de un puñal... Cuando Loreto vió alejarse a los dos jóvenes, cuando contempló la felicidad próxima, y, sin embargo, tan remota, sintió una especie de derrumbamiento a su alrededor y se desbordaron impetuosas sus lágrimas...

Los convidados se fueron alejando, se apagaron las luces y todo quedó quieto, mudo, en la mayor soledad.

Era aquella la última cruz del calvario de Loreto. Se fué a la cama y rezó.

—¡Madre mía!... Padre nuestro... que estás en los cielos... ¡Daniel de mi alma!...

Una punzada hirió su corazón: una oleada de sangre ahogó sus quejas, y, por fin, cerró los ojos para no volverlos a abrir. La encontraron muerta. Doña Aurora fingió una pena honda. Encarnación tomó el tren enojada por aquel lúgubre accidente y emprendió con Daniel el viaje de novios. Don Manuel no se impresionó mucho, porque, como él decía, la niña estaba muy enferma y se esperaba ya aquel fatal desenlace.

Vino doña Clara a verla, lloró mucho, y luego la amortajó con un traje de estameña color de avellana. Sobre el fondo obscuro del paño, la cara y las manos de Loreto resplandecían con un vivor céreo como el de las azucenas. Luego la metieron en una caja muy bonita forrada de seda, echaron en ella muchas flores y la llevaron a la mansión del silencio y del olvido.

Poco después, rebuscando en los baúles de la huérfana, Encarnación y Julita hallaron un libro de notas de Loreto. Encarnación leyó para sí. Entre las hojas del "memorándum" flotaba el espíritu de la enamorada, víctima de una pasión imposible. Allí estaban concentrados, como el aroma de una rosa, todos sus temores, dudas y esperanzas, sin pudibundeces ni hipocresías, con toda la sinceridad de una pasión justa y noble.

—¿Qué es eso?,—dijo Daniel.

—Nada... ¡Tonterías de Loreto!...—y ocultó el libro indignada al saber aquella confesión ingenua.

Momentos después Encarnación arrojó el libro a las llamas de los leños que ardían en la chimenea. Fuego, humo; al fin, nada.

Y la heroína continuó en el olvido y la historia de amor siguió ignorada.

Federico TRUJILLO.



TEATROS



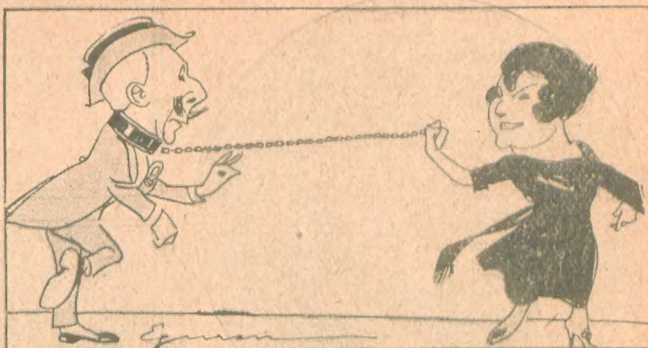
Señora Josefina Mendo, primera actriz del teatro Excelsior.

"EL NOVICIO"

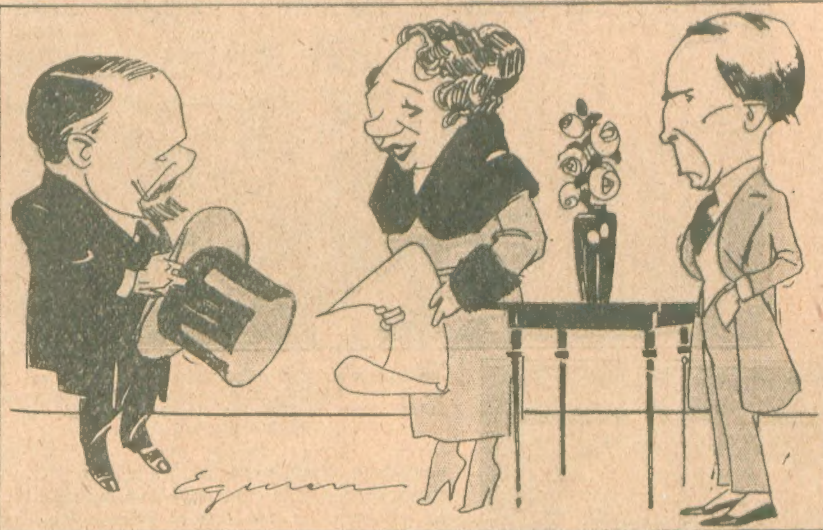
El doctor Carlos Alberto Leumann, el fino escritor, inspirado poeta y diestro periodista, no conforme con brillar con luz propia en cada una de estas actividades literarias, quiso probar lo que era el éxito teatral, escribió una obra y satisfizo sus deseos, pues el éxito fué tan concluyente como puede serlo cuando la obra es interpretada por artistas que no han alcamzado a comprenderla.

"El novicio" a la vez que nos ha halagado por su valer, que para nuestro teatro significa progreso y afianzamiento, nos ha impresionado ingratamente, pues la forma en que fué interpretada nos ha hecho pensar que en ese sentido hemos progresado poco. Por suerte tenemos actualmente un par de compañías que velan por el prestigio del teatro argentino y eso es realmente tonificante y consolador.

En su obra, el doctor Leumann nos presenta el conflicto entre el espíritu y la materia, patinada su crudeza por el temperamento de abúlico del protagonista, anquilosado por taras degenerativas heredadas. Dalmiro, como el abate Muret de Zola, al orar prosternado ante la virgen evoca a la mujer, ésta substituye a aquélla en sus adoraciones y la inquietud y la zozobra caen sobre su espíritu inquieto. Con la sola diferencia de que en el héroe de la novela del gran genio francés las evocaciones son a la mujer y en "El novicio" a una mujer, de la que hay en la mente del enclaustrado recuerdos e imágenes imborrables.



Señor Valle y señora Scillag en "La corsetera de Montmartre"; teatro Porteño.



Sra. Pagano y Sres. Ducasse y Fuentes, en "La máscara y el rostro; teatro Odeón.

En dos ocasiones en medio de la noche blanca de luna la imagen acariciante de Raquel, la mujer adorada, se presenta ante el afiebrado Dalmiro; y por fin, en un instante de valiente resolución obtiene permiso y se marcha a la casa paterna. Allí está Raquel que lo espera tierna y amante: no es necesario más que Dalmiro se resuelva a contrariar a los suyos que sueñan con tener en la familia un alto funcionario eclesiástico, pero Dalmiro carece de la necesaria energía y huye; no han sido suficientes a decidirlo las súplicas y las caricias de la mujer que ama: huye como huyen los cobardes, los incapaces; renuncia a la vida, a la felicidad, para enterrarse con sus penas y sus quebrantos de la oscuridad del claustro conventual.

Nuevamente nos lo presenta el autor al infeliz degenerado, pero ya en pleno proceso de decaimiento definitivo. Su desordenada mentalidad ha hecho que se le acuse de herejía y retorna a sus lares expulsado de la comunidad, para ser recibido por la siempre amante Raquel y la madre, que tardíamente comprende que sacrificó un hijo a sus ambiciones que se ven fallidas.

La factura técnica de "El novicio" es algo de lo mejor de lo que hasta ahora hemos tenido en el teatro propio.

Dib. de Eguren. **TRASPUNTE.**

El reportaje a Teresita Zazá

María Teresa Maraval, la artista predilecta del público "chic", es una grácil figulina que evoca el encanto de una porcelana de Sevres, uno de aquellos lindos bibelots que acreditaron el buen gusto del siglo XVIII.

¡Qué monada!, exclaman las gentes cuando Teresita aparece en escena, y estas dos palabras resumen un solo juicio, el que merece como mujer y el que merece como artista.

Me recibió en un elegante saloncillo estilo imperio, (tal vez anacrónico en algunos detalles) y en aquel marco muy apropiado a la distinción de su figura. Teresita demostró que a la par que inteligente artista era una "causeuse" hábil. Daba expresión a las frases y al conversar con ella pude olvidar lo que nuestra entrevista tenía de oficial ante su naturalidad que prestó un carácter íntimo a la entrevista.

—No fué la vocación lo que a mí me llevó al teatro. ¡Para qué engañar al público? Fué la vida, con sus rígidas imposiciones la que me llevó al tablado. Mis papás, que habían ocupado una situación muy brillante, sufrieron algunos reveses de fortuna, y al quedar sola con mi mamita, algo debía yo hacer para ayudarla a luchar por la vida! Me dediqué al teatro porque comprendí que si triunfaba mi existencia sería más fácil y más agracable... mucho me animaron los consejos del maestro Ribas y las palabras alentadoras de Ruiz Arana.

En mayo de 1912, a los diez y seis años, debuté en el Trianon Palace, de Madrid, en el mismo teatro donde tantas artistas hoy célebres, como la Goya, como la Argentina, se iniciaron.

—¿Y qué fué de su vida durante los años que precedieron a su debut?

—Pasé una buena parte en Cáceres, pues hasta los catorce años estuve como interna en el colegio de las Madres Carmelitas.

—¿Era Cáceres su ciudad natal?

—No, extremeña soy, pero nací en otro punto de aquella provincia, en Plasencia. Mi padre era francés, mi mamá española.

—Algo debe usted a su papá. Su distinción y su "chic" son parisienses y se dicen muy bien con su gracia española.

—¡Me está usted cortejando!

—Y diga: Oí algo respecto a una vocación religiosa, creo que cuando su debut en España, ¿es cierto que usted pensó un momento en hacerse monja?

—¡Yo monja! fué un infundio periodístico. ¡Yo monja! ¡Muy al contrario! (Y Zazá al pronunciar tales palabras sonreía como si le hiciera gracia la peregrina idea que tuvieron al suponerle tan místicas aptitudes. A mí me la hace aquel. ¡Muy al contrario! cuya picaresca ingeniosidad tan bien le sienta).

—¿Cuáles son las tonadillas que prefiere?

—Las historietas finas, como "Mala Entraña" (?).

—¿Y de su repertorio qué números son los que más le gustan?

—Me agradan todos, pues número que estrene y que sea recibido por el público con frialdad, queda olvidado en mi archivo, aunque haya gastado en traje y accesorios para presentarlo... El "Adios Ninon!" es la tonadilla que recuerdo con más simpatía, tal vez porque cantándola adquirí mi popularidad en España. De los estrenados en Buenos Aires, "Malas lenguas", "La tirana de los ojos zarcos" y "Sanjuanina de mi amor", son los que el público recibe con mayor agrado.

—¿Hace mucho que vino usted a la República Argentina?

—Llegué en 1914. Venía como estrella de una "troupe de varietés, en la que figuraban la Quijano, Carmen del Villar, el Perro Tin, las Malaguitas, la Bella Nacra... Venimos contratados por tres meses por el empresario señor Iglesias. En noviembre debutamos en el teatro San Martín y de allí pasamos a Rosario y a Montevideo.

—¿Trabajó después en otros puntos de América?

—No. Sólo he recorrido la República Argentina, pues el público criollo, gentilísimo conmigo, no se cansa de aplaudirme. He estado en Córdoba, Mendoza, Tucumán, Salta, Mar del Plata... tres años consecutivos hace que me contratan en esta aristocrática estación balnearia...

—Y en España ¿trabajó en muchas ciudades?

—En casi todas las importantes, como Barcelona, Valencia, Sevilla, Málaga, San Sebastián...

—¿Y en qué locales porteños ha actuado usted?

—En los teatros Avenida, Mayo, Buenos Aires, Apolo, Esmeralda y algunos otros. Inauguré el Güemes donde he batido el record de duración de un contrato.

—¿Trabajó usted mucho tiempo?

—Trece meses seguidos, dando un millar y pico de representaciones. Creo que es un caso único. Y todavía me fuí contra la voluntad de los dueños del edificio y del empresario señor Segovia, que tiene contratado el local, por el que paga el 30 % de la entrada bruta.



—¿Qué es entonces lo que motivó su deserción de la bombonera?

—Hay allí un regisseur muy amable, el señor Aneda, pero prefiero tratarle de lejos.

—¿Calculó usted nunca cuánto le ha producido su profesión?

—Nunca hice la cuenta.

—¿Y cuál ha sido la velada más productiva para usted?

—En Tucumán, yendo al 60 %, gané en una noche 1.500 pesos.

—¡Ya es un sueldecito! ¿Cuál es la artista de variedades que más le agrada a usted?

—La que más admiro es Raquel Meller... después de "La Fornarina", cuya temprana muerte deploré mucho, no sólo a causa de la íntima amistad que nos unía, sino también porque comprendí que era una pérdida irreparable para el arte que cultivo. En el baile admiro sobre todas a "La Argentina" que es a mi juicio la primera de España. ¿No opina usted lo mismo?

—Como bailarina de rango español estoy conforme con usted, Teresita, pero he de confesarle que mis predilecciones me harían elegir a la Tórtola Valencia, pues ésta se aviene mejor con mi temperamento.

—Bueno, sí... es otra cosa distinta. ¡Claro que me agradaría ser Tórtola Valencia! ¡Ya lo creo!

Otra ingenua exclamación de Teresita. Esta, durante nuestra conversación ha tomado en la falda una linda perrita blanca y dos diminutos gatitos de Angora, la perrita gruñe y escapa no muy satisfecha, pues no se aviene a compartir con sus vecinos los mimos que le prodigan. Teresita desea que yo me informe de sus aficiones, en su cuerpecito retozón bulle el deseo de alabarme sus amigos de cuatro patas, cree que no les dedicaré los requiebros que merecen, no puede más, los besa mimosamente (¡dichosos animalitos!, exclamarán algunos) y me los presenta.

—¡Fíjese qué bonitos! Son de Angora,—añade sin duda ante el temor de que no aprecie en lo justo sus cualidades.

(Disculpe, Teresita; si no le pregunté por sus aficiones. ¡Para qué interrogarla sobre lo que estaba viendo? Pero conste que me fijé en que eran muy monos.)

—¿Sería usted tan gentil que me explicara alguna aventura de su vida?

—¡Yo no tengo aventuras!

—Pero ¿qué me dice usted? ¿Cómo puede ser gris una vida que se desliza entre bastidores y tiene mucho de nómada?

Teresita duda, me cuenta algunas anécdotas insignificantes, riñas entre artistas, envidias, cabe decir, las escenas pintorescas e inevitables en todos los escenarios.

Me cuenta una aventura que me demuestra que si llega el caso Teresita recuerda sus correrías madrileñas y sabe ser moza de rompe y rasga y hacerse justicia con sus manos. ¡Ole por las mozas bravías y castizas! Pero la aventuro es algo escabrosa, en el sentido de que su recuerdo sería inoportuno y prefiero callarla.

Teresita llama para que le auxilie en aquel trance apurado a su mamá.

La buena señora se hace cargo de mis pretensiones, y ya que no una aventura privada, me relata un suceso de la carrera artística de su hija.

Se expresa con distinción. Se aparta mucho del tipo conocido de "mamá de tonadillera". Su verba es tan chispeante que no puedo lamentar que haya intervenido nuestra "causerie".

—En Valencia, Adelita Lulú era muy querida del público, ¡la conoció usted? ¡Una chiquilla muy amable y artista muy buena! Trabajaba en el teatro Novedades, y por circunstancias ajenas a su voluntad debió retirarse, los empresarios contrataron a Teresita (ventajosamente conocida ya entonces) para que supliera. Adelita era allí idolatrada, como ya dije, y algo prevenidos los empresarios asistieron al ensayo. Yo estaba junto a ellos, pero aquellos señores no me conocían. ¡Ay, Jesús! ¡qué tarde aquella! La niña, como usted ya habrá observado, ensaya siempre con poco "entrain". ¡Qué cara pusieron los pobres hombres al verla! ¡Y con la gente que vendría de las ciudades vecinas para asistir al debut! ¡Aquella mujer iba a ganar ciento cincuenta pesetas! ¡Jesús! ¡Qué había hecho Fernando!

—¿Ha visto, Pedro?

—¡Sí, Mateo!

Pero llegó la noche.

Teresita salió a cantar el "Cuando voy a provincias", cantó después "El reloj de arena", después "Sarochito", y otra, y otra, y otra... Una ovación. Un éxito.

Los empresarios estaban radiantes, pero a la vez extrañados.

—¡Pero Mateo, nos han cambiado "a eixa" niña!

—Lo que son ustedes unos... en fin puede figurarse lo que yo les dije entonces. Aunque mis reproches no eran muy duros, pues el triunfo aquel halagó mi vanidad de madre y la satisfacción nos hace perdonar muchas cosas... Acabamos por ser muy buenos amigos, se celebró la victoria y Teresita trabajó en aquel teatro durante 72 días.

Jerónimo GAID.



Remo, Natación y Yachting



Señor Dimas Rodríguez, representante del Club de Regatas Rosario, ganador de la sexta carrera, premio Manera, canoa simple, 700 metros; por dos botes, en 4' 45'' 4|5.



Señor Ivan Andressen, ganador de la cuarta carrera, premio Mac Hardy, upset canoa: cinco zambullidas en 300 metros; tiempo empleado 1' 48'' 4|5.

El último domingo del mes próximo pasado tuvieron lugar en el pueblo de Alberdi, vecino a la simpática ciudad de Rosario, en las aguas del río Paraná, las primeras regatas nacionales, organizadas por el progresista Club de Regatas Rosario.

La fiesta alcanzó agradables proporciones como reunión social, ya que a ella concurrieron y la realzaron con su belleza y elegancia las damas pertenecientes a la más alta aristocracia rosarina. En lo que respecta a la parte sportiva el acto resultó del más halagador éxito, pues la forma brillante y reñida en que fué disputada la mayor parte de las pruebas de que constaba el nutrido programa pusieron bien en evidencia el arraigo alcanzado por el bello deporte marino en aquella provincia y el entusiasmo con que todos los competidores se esforzaron por sobrepasarse a sí mismos, en un elogioso espíritu de emulación. Todos los ganadores, al finalizar cada una de las pruebas, fueron largamente aplaudidos por la numerosa concurrencia que con el mayor de los intereses siguió las distintas incidencias de las mismas.



Bellezas rosarinas palpitando las incidencias de la interesante fiesta realizada el domingo anterior por el Club de Regatas Rosario, en el Río Paraná.



Tercera carrera, copa Ovidio A. Lagos; bote shell, un par cortos, para juniors. Señor Alfredo Gabutti, del Club de Regatas Rosario, ganador por un bote, en 4' 17'' 2|5.



Octava carrera, copa Club de Regatas Rosario, ganada por el mismo, 200 metros, en 9' 57''. Tripulantes señores: F. Asurmendi, F. Gasser, M. A. Questa, J. I. Gabutti, A. Gabutti, J. Gabutti, C. H. Taylor, L. Malberti (str.) y E. Gismondi (tim), en bote shell, 8 remos largos.



Señores Brixy de Poeschke, señorita Gertrudis Brixy y señor Hugo Brixy (h), del Rosario Rowing Club, ganadores de la carrera doble par para señoritas, en bote doble par para familias, remando una señorita de stroke y otra al timón y un caballero de N.° 1, 400 metros, en 1' 48'' 4|5.



Señores P. Candiotti (h.), P. Zenardi, E. Leguizamón, G. Frenguelli (str.) y D. Giménez (tim.), del Club de Regatas Santa Fe, ganadores de la copa Cassini, 1.200 metros, botes shell, cuatro remos largos, para juniors, en 4' 57'' 1|5.

El programa fué completado con la inauguración de la pileta de natación con que el Club de Regatas Rosario ha patentizado sus continuos progresos, exponente inequívoco de los afanes que en el cumplimiento de sus funciones ponen los miembros dirigentes del mismo y el entusiasmo de sus asociados.

El Club de Natación Paraná, al que pertenecen los tres nadadores que aparecen en uno de los grabados de la presente página, es uno de los pocos—demasiado pocos por desgracia—que existen dedicados a tan bello sport entre nosotros, a pesar de no ser costas hermosas y próximas lo que nos falta.

El Club de Natación Paraná, cuyo floreciente estado actual y continuos adelantos de todo orden se deben en gran parte a su infatigable presidente el doctor Antonio Medina, ha organizado y realizado con plausibles resultados algunas importantes pruebas que no han sido realizadas por otros clubs que con mayores medios y recursos podían haberlas efectuado en mayor escala y proporción.



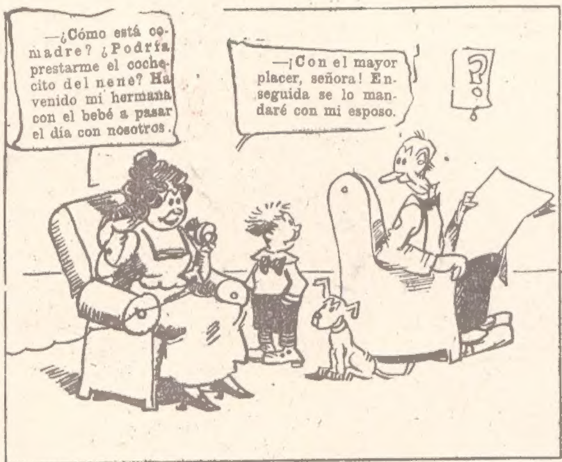
Club de natación Paraná.—Señores Arturo Thompson, ganador de la carrera de 4.000 metros en el concurso organizado últimamente por dicho club; José María Izaguirre, que intentó el raid Paraná-Santa Fe, 32 kilómetros, de los que cubrió 30 en 4 horas, y Rafael Llorens, que ocupó el 4.° puesto en la carrera de 4.000 metros.

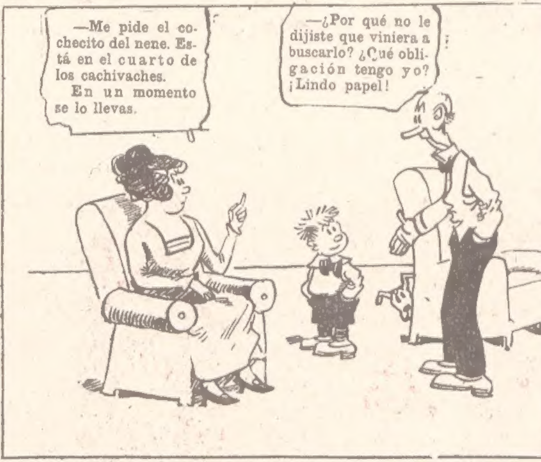


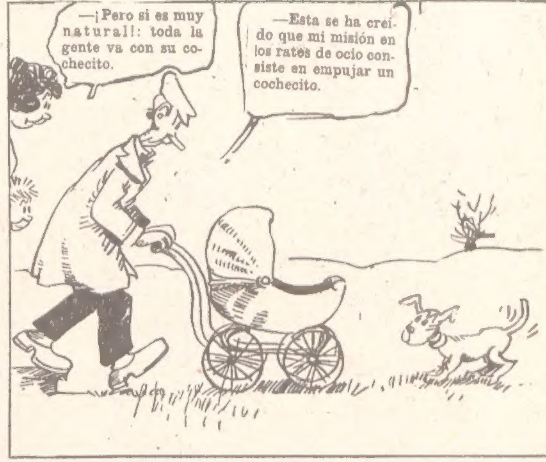
Señor José R. Leger, del Club Náutico Belgrano, ganador de la copa Constancio C. Vigil con el yate "Afrodita".

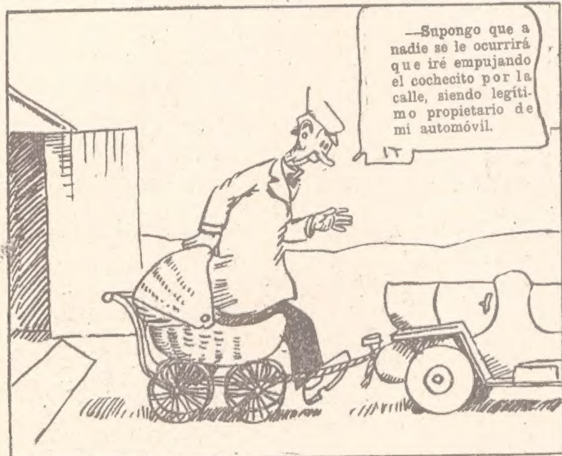


EL AUTOMÓVIL DE CASI CASI

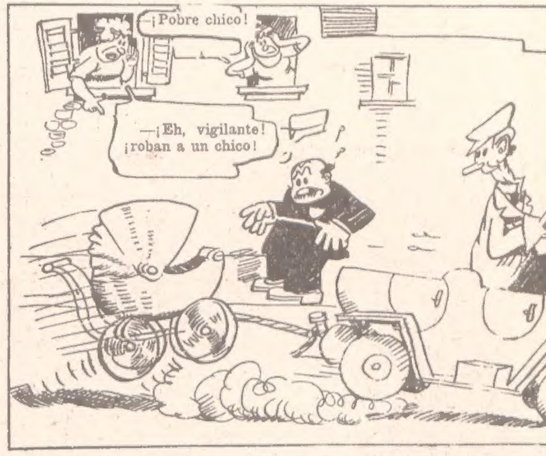


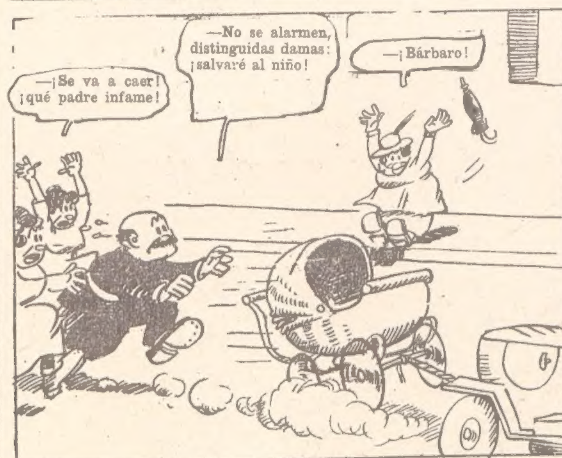


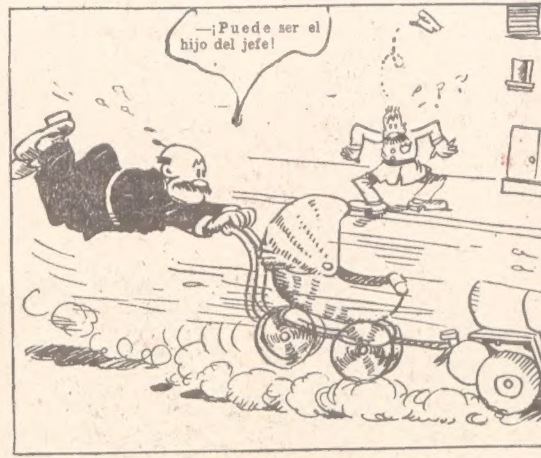


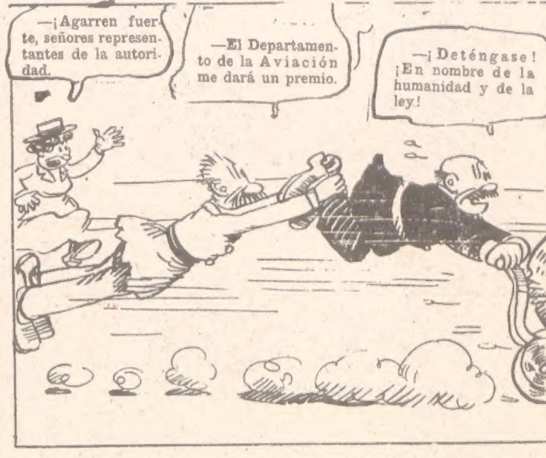


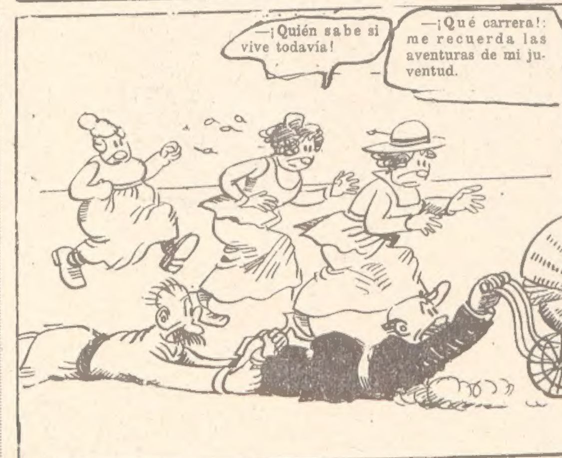


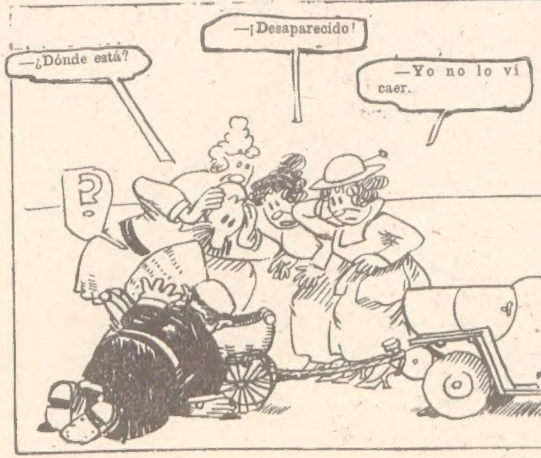














De todo un poco

DESTRUCCIÓN DE LOS PARASITOS DE LOS VEGETALES

A continuación damos varias fórmulas consideradas como eficaces:

Infusión de tabaco:

1 por 40 como agua de pulverización y de lavado.

Infusión de pelitre:

Emplear el polvo o las flores enteras al 1 por 40. S se utiliza el polvo no hay que agitar la infusión, sino agitar la mezcla.

Cuasia concentrada:

Extracto de cuasia	3
Aceite alcanforado.	2
Jabón de potasa.	5
Alcohol desnaturalizado. . . .	5
Agua, cantidad suficiente para	100

Nicotina concentrada:

Nicotina bruta.	2
Alcohol desnaturalizado. . . .	5
Jabón de potasa.	8
Infusión de cuasia, cantidad suficiente para	100

Carbonato de cobre amoniacal:

Carbonato de cobre.	0,065
Carbonato de amoníaco.	0,4
Agua, cantidad suficiente para. .	100

EL CALOR SOLAR COMO FUERZA MOTRIZ

Muy numerosas son las tentativas llevadas a cabo en diversas épocas, con el fin de aprovechar industrialmente el calor del sol, pero hasta ahora todas ellas han resultado infructuosas en la práctica. Dos son los inventos más recientes. El primero de éstos, pertenece al yanqui Mr. Cove, y consiste en una plancha de acero, atravesada por multitud de cuñas pequeñitas, cuya composición metálica constituye el secreto del invento. Dichas cuñas tienen expuesto al sol un extremo cubierto por cristales, y el opuesto a la sombra de la plancha de acero, produciendo la diferencia de temperatura una corriente termo-eléctrica que carga una batería de acumuladores. Con una plancha de acero rectangular de 120 centímetros y bajo cristales dobles, cierta cantidad de agua, se ha logrado mantener incandescente durante doce horas cinco lámparas de dieciseis bujías cada una.

El otro invento es también de un norteamericano. En tubos y bajo cristales dobles, expone al sol una cantidad determinada de agua, que encerrada después en u: depósito mal conductor del calor, convierte en vapor amoníaco o ácido sulfuroso, líquidos cuyos gases hacen accionar un motor de alta presión. Se afirma que, disponiendo de una superficie de 500 metros², para recibir el calor solar, se puede hacer funcionar un motor de quince caballos de fuerza.

EL "GRACIAS" DEL RUMANO

En Jassy, en el momento mismo en que los soldados rusos, reunidos en consejo de guerra, discuten sobre la oportunidad de la defensiva pasiva o de la ofensiva preventiva, un soldado rumano se cruza en la calle con uno de los oficiales técnicos franceses venidos a Rumania, y le hace señas de que desea que le preste fuego.

Una vez prendido su cigarrillo, el rumano busca una palabra de agradecimiento que pueda entender aquel hombre, cuya lengua ignora él completamente.

De pronto, sonríe, la ha hallado:

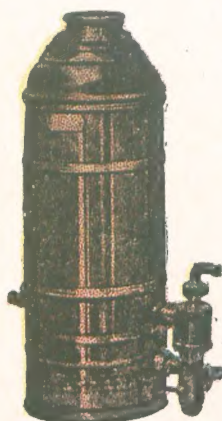
—¡Verdún!—le dice, satisfecho.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires



Avisos ilustrados

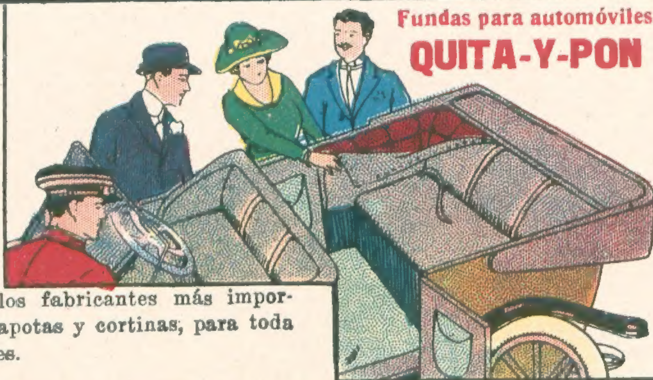








Belona.—¿Me amas como antes?





FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS JUEVES

Oficina: BOLIVAR 580
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Exterior		En el Interior	
Trimestre . .	$ 2.50	Trimestre	$ oro 2.00	Trimestre. .	$ 3.00
Semestre . .	„ 5.00	Semestre.	„ „ 4.00	Semestre. .	„ 6.00
Año	„ 9.00	Año . . .	„ „ 8.00	Año. . . .	„ 11.00
N.° suelto. .	20 cts.			N.° suelto. .	25 cts.
N.° atrasado.	40 „			N.° atrasado.	50 „

Dirección y Administración: Unión Telefónica, 184 (Avenida)

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

